



PERIOLIBROS



SANDRA
CISNEROS

LA CASA EN MANGO STREET

Traducción:
Elena Poniatowska
y Juan Antonio Ascencio

Ilustraciones:
Rafael López Castro



SANDRA CISNEROS

La Casa en Mango Street

Traducción: Elena Poniatovska y Juan Antonio Ascencio

Ilustraciones: Rafael Castro López

Edición electrónica por: Freddy Alb. M. L., *Sinuhé*.
Neiva, Colombia, Febrero de 2005 - Febrero de 2008.



SANDRA CISNEROS

Nació en la ciudad de Chicago, Illinois, en el año de 1954. Inmersa en el seno de la compleja cultura hispanomexicana, Sandra Cisneros se ha convertido en relativamente poco tiempo en una de sus voces literarias más fuertes, más sólidas de las últimas décadas. Su vocación intelectual y literaria le ha merecido múltiples distinciones en el ámbito académico. Doctora honoraria en Letras por la Universidad de Nueva York, ha recibido, entre otros, los siguientes reconocimientos: Premio de la Novela Corta Chicana en 1986, que le otorgó la Universidad de Arizona; Premio Precocolombino Americano en 1985 y, en 1983, la Beca de la Fundación Michael Karoyi, en Francia. Entre sus obras más destacadas se encuentran ***Woman Hollering Creek***, y ***My Wicked Days***.

Dotada de una extraordinaria sensibilidad, desde sus primeros escritos logró condensar toda la dualidad, la paradoja de una cultura hispanomexicana que convive y se enfrenta cotidianamente al mundo del sueño americano, en la búsqueda de caminos alternativos de convivencia y asimilación con la cultura americana, sin perder la esencia de su identidad y la fuerza de sus más legítimas manifestaciones en lo social, lo político y lo artístico.

Para Sandra Cisneros, esta búsqueda se plasma a través de una propuesta narrativa en donde los personajes exploran con curiosidad, con cautela, un mundo cotidiano que no les es enteramente propio. Los personajes de Sandra Cisneros recorren todos los rincones de su cultura, sus formas de convivencia, sus rituales, su lucha por sobrevivir y no logran adueñarse del espacio físico y social que les corresponde en la sociedad americana; divididos entre lo que sueñan ser y las profundas raíces que los unen a México, una tierra que tampoco les es propia, hombres y mujeres crean un universo en cuyo centro, pese a todo, pervive la esperanza.

En ***La casa en Mango Street***, una niña-adolescente, llamada justamente Esperanza, va descubriéndose a sí misma y al mundo de su familia, de su comunidad, sin complacencias, pero a la vez con sensibilidad e incluso ternura. La protagonista presenta en su relato singulares estampas familiares que van armando a lo largo de una trama en apariencia simple, los intrincados hilos de una red de imágenes, emociones y

formas de convivencia que son la esencia de la identidad del hispanomexicano que habita en los Estados Unidos. Dentro de este sutil entramado, Sandra Cisneros logra reivindicar la lucha por la libertad personal, por la solidaridad cotidiana y, al final de cuentas, por la esperanza. *Periolibros* presenta ***La casa en Mango Street*** como un reconocimiento a la interesante trayectoria de esta joven escritora, y a la solidez y relevancia que la tradición literaria hispanoamericana ha logrado consolidar.

RAFAEL CASTRO LÓPEZ

Artista mexicano, diseñador gráfico y fotógrafo, Rafael López Castro nace en Jalisco en 1946. Estudia en la Escuela Nacional de Artes Gráficas y desde muy joven destaca en el mundo de la creación participando en importantes proyectos editoriales. De 1978 a 1985 fue jefe del Departamento de Diseño del Fondo de Cultura Económica y actualmente, entre otras actividades, es responsable del diseño de *Periolibros*. Como diseñador gráfico ha expuesto en México y en otros países de América y Europa desde 1975. La UNESCO y el Fondo de Cultura Eco comparten con orgullo este trabajo y la creación de dos reconocidos autores.

LA CASA EN MANGO STREET

La casa en Mango Street

No siempre hemos vivido en Mango Street. Antes vivimos en el tercer piso de Loomis, y antes de allí vivimos en Keeler. Antes de Keeler fue en Paulina y de más antes ni me acuerdo, pero de lo que sí me acuerdo es de un montón de mudanzas. Y de que en cada una éramos uno más. Ya para cuando llegamos a Mango Street éramos seis: Mamá, Papá, Carlos, Kiki, mi hermana Nenny y yo.

La casa de Mango Street es nuestra y no tenemos que pagarle renta a nadie, ni compartir el patio con los de abajo, ni cuidarnos de hacer mucho ruido, y no hay propietario que golpee el techo con una escoba. Pero aún así no es la casa que hubiéramos querido.

Tuvimos que salir volados del departamento de Loomis. Los tubos de agua se rompían y el casero no los reparaba porque la casa era muy vieja. Salimos corriendo. Teníamos que usar el baño del vecino y acarrear agua en botes lecheros de un galón. Por eso Mamá y Papá buscaron una casa, y por eso nos cambiamos a la de Mango Street, muy lejos, del otro lado de la ciudad.

Siempre decían que algún día nos mudaríamos a una casa, una casa de verdad, que fuera nuestra para siempre, de la que no tuviéramos que salir cada año, y nuestra casa tendría agua corriente y tubos que sirvieran. Y escaleras interiores propias, como las casas de la tele. Y



tendríamos un sótano, y por lo menos tres baños para no tener que avisarle a todo mundo cada vez que nos bañáramos. Nuestra casa sería blanca, rodeada de árboles, un jardín enorme y el pasto creciendo sin cerca. Ésa es la casa de la que hablaba Papá cuando tenía un billete de lotería y ésa es la casa que Mamá soñaba en los cuentos que nos contaba antes de dormir.

Pero la casa de Mango Street no es de ningún modo como ellos la contaron. Es pequeña y roja, con escalones apretados al frente y unas ventanitas tan chicas que parecen guardar su respiración, los ladrillos se hacen pedazos en algunas partes y la puerta del frente se ha hinchado tanto que uno tiene que empujar fuerte para entrar. No hay jardín al frente sino cuatro olmos chiquitos que la ciudad plantó en la banqueta. Afuera, atrás hay un garaje chiquito para el carro que no tenemos todavía, y que luce todavía más chiquito entre los edificios de los lados. Nuestra casa tiene escaleras pero son ordinarias, de pasillo y tiene solamente un baño. Todos compartimos recámaras, Mamá y Papá, Carlos y Kiki, yo y Nenny.

Una vez, cuando vivíamos en Loomis, pasó una monja de la escuela y me vio jugando enfrente. La lavandería del piso bajo había sido cerrada con tablas arriba por un robo dos días antes, y el dueño había pintado en la madera SÍ, ESTÁ ABIERTO, para no perder clientela.

¿Dónde vives?, preguntó.

Allí, dije señalando arriba al tercer piso.

¿Vives *allí*?

Allí. Tuve que mirar a donde ella señalaba. El tercer piso, la pintura descarapelada, los barrotes de Papá clavados en las ventanas para que no nos cayéramos. ¿Vives *allí*? El modito en que lo dijo me hizo sentirme una nada. *Allí*. Yo vivo *allí*. Moví la cabeza asintiendo.

Desde ese momento supe que debía tener una casa. Una que pudiera señalar. Pero no esta casa. La casa de Mango Street no. Por mientras dice Mamá. Es temporario, dice Papá. Pero yo sé cómo son estas cosas.

Pelos

Cada uno en la familia tiene pelo diferente. El de mi papá se para en el aire como escoba. Y yo, el mío es flojo. Nunca hace caso de broches o diademas. El pelo de Carlos es grueso y derecho, no necesita peinárselo. El de Nenny es resbaloso, se escurre de tu mano, y Kiki, que es el menor, tiene pelo de peluche.

Pero el pelo de mi madre, el pelo de mi madre, es de rositas en botón, como rueditas de caramelo todo rizado y bonito porque se hizo anchoas todo el día, fragante para meter en él la nariz cuando ella está abrazándote y te sientes segura, es el olor cálido del pan antes de hornearlo, es el olor de cuando ella te hace un campito en su cama aún tibia de su piel, y una duerme a su lado, cae la lluvia afuera y Papá ronca.

El ronquido, la lluvia, y el pelo de Mamá oloroso a pan.

Niños y niñas

Los niños y las niñas viven en mundos separados. Los niños en su universo y nosotras en el nuestro. Por ejemplo mis hermanos, adentro de la casa tienen mucho que decirnos a mí y a Nenny. Pero afuera nadie debe verlos hablar a las niñas. Carlos y Kiki son los mejores amigos, nuestros no.

Nenny es demasiado chica para ser mi amiga. Es sólo mi hermana y eso no es culpa mía. Una no escoge a sus hermanas: te tocan y a veces salen como Nenny.

Ella no puede jugar con esos chamaquitos Vargas o va a acabar como ellos. Y como es la que sigue de mí, es mi responsabilidad.

Algún día tendré una mejor amiga para mí solita. Una a la que también pueda decirle mis secretos. Una que va a comprender mis chistes sin que yo tenga que explicárselos. Hasta entonces, soy un globo rojo, un globo atado a un ancla.

Mi nombre

En inglés mi nombre quiere decir esperanza. En español tiene muchas letras. Quiere decir tristeza, decir espera. Es como el número nueve, como un color lodoso. Es los discos mexicanos que toca mi padre los domingos en la mañana cuando se rasura, canciones como sollozos.

Era el nombre de mi bisabuela y ahora es mío. Una mujer caballo nacida como yo en el año chino del caballo —que se supone es de mala suerte si naces mujer— pero creo que ésa es una mentira china, porque a los chinos, como a los mexicanos, no les gusta que sus mujeres sean fuertes.

Mi bisabuela. Me habría gustado conocerla, un caballo salvaje de mujer, tan salvaje que no se casó sino hasta que mi bisabuelo la echó de cabeza a un costal y así se la llevó nomás, como si fuera un candelabro elegante, así lo hizo.

Dice la historia que ella jamás lo perdonó. Toda su vida miró por la ventana hacia afuera, del mismo modo en que muchas mujeres apoyan su tristeza en su codo. Yo me pregunto si ella



hizo lo mejor que pudo con lo que le tocó, o si estaba arrepentida porque no fue todas las cosas que quiso ser. Esperanza. Heredé su nombre, pero no quiero heredar su lugar junto a la ventana.

En la escuela pronuncian raro mi nombre, como si las sílabas estuvieran hechas de hojalata y lastimaran el techo de la boca. Pero en español mi nombre está hecho de algo más suave, como la plata, no tan grueso como el de mi hermanita —Magdalena— que es más feo que el mío. Magdalena, que por lo menos puede llegar a casa y hacerse Nenny. Pero yo soy siempre Esperanza.

Me gustaría bautizarme yo misma con un nombre nuevo, un nombre más parecido a mí, a la de a de veras, a la que nadie ve. Esperanza como Lisandra o Maritza o Zezé la X. Sí, algo así como Zezé la X estaría bien.

Cathy, reina de gatos

Ella dice: yo soy la tatatatataraprima de la reina de Francia. Vive arriba, allá junto a la puerta de Joe el mañoso. No te acerques a él, dice ella. Es el peligro en dos patas. Benny y Blanca son los dueños de la esquina. Se portan *okay* mientras no te recargues en el mostrador de los dulces. Dos mocosas cochinas viven enfrente. Ni las quieres conocer. Edna es la dueña del edificio de al lado. Antes tenía un edificio grande como una ballena, pero su hermano lo vendió. Su madre dijo no, no, nunca lo vendas. No lo haré. Y luego ella cerró los ojos y en un parpadeo él lo vendió. Alicia se cree la divina garza desde que fue a *college*¹. Antes yo le caía bien pero ya no.

Cathy, reina de gatos, tiene gatos y gatos y gatos. Gatitos, gatotes, gatos flacos, gatos enfermos, gatos dormidos como donas chiquitas. Gatos encima del refrigerador. Gatos que van a dar la vuelta en la mesa del comedor. Su casa es el cielo de los gatos.

Tú quieres una amiga, dice ella. *Okay*, yo seré tu amiga, pero nada más hasta el martes. Ese día nos vamos. Tenemos que. Entonces, como si ella hubiera olvidado que acabo de mudarme, dice que el barrio se está poniendo de lo peor.

Un día el papá de Cathy tendrá que volar a Francia a encontrar a la tatatatataraprima por parte de padre, y heredar la casa familiar. ¿Cómo lo sé? Ella me lo dijo. Entre tanto tienen que mudarse un poquito más al norte de Mango Street, más lejos cada vez que gente como nosotros siga llegando.

Nuestro día bueno

¹ Academia.

Si me das cinco dólares voy a ser tu amiga para siempre. Eso es lo que me dice la chiquita.

Cinco dólares es barato, porque no tengo ninguna amiga, nomás la Cathy que es mi amiga sólo hasta el martes.

Cinco dólares, cinco dólares.

Anda buscando alguien que ponga dinero, para comprar una bicicleta del escuincle ése llamado Tito. Ya tienen diez dólares y todo lo que les falta son cinco más. Nomás cinco dólares, dice ella.

No hables con ellos, dice Cathy. ¿No te das cuenta de que huelen a escoba?

Pero me caen bien. Usan ropa vieja, chueca y arrugada. Traen zapatos brillantes de domingo aunque sin calcetines. Eso les pone rojos los tobillos desnudos, pero me caen bien. Especialmente la grande, que se ríe con todos sus dientes. Ella me gusta aunque deje que la chiquita haga toda la plática.

Cinco dólares, dice la chiquita, nomás cinco.

Cathy me jala del brazo y sé que haga yo lo que haga, se va a enojar conmigo para siempre.

Espérame tantito, le digo y corro adentro por los cinco dólares. Tengo tres ahorrados y voy a sacar dos de Nenny.

Nenny no está en la casa, pero estoy segura de que le dará gusto cuando sepa que tenemos una bicicleta. Cuando regreso, Cathy se ha ido, como pensé que lo haría, pero no me importa. Tengo dos nuevas amigas y también una bicicleta.



Yo me llamo Lucy, dice la mayor. Ésta es Rachel, mi hermana.

Yo soy su hermana, dice Rachel. ¿Tú, quién eres?

¡Qué daría yo por llamarme Cassandra o Alexis o Maritza —lo que sea, menos Esperanza— pero cuando les digo mi nombre no se rien!

Vinimos de Texas, dice Lucy y sonríe de oreja a oreja. Ella nació aquí, pero mí soy de Texas.

Querrás decir yo, corrijo.

No, mí soy de Texas, y no me entiende.

La bicicleta nos toca a las tres, dice Rachel, que ya está pensando a futuro. Hoy es mía, mañana de Lucy, y tuya al tercer día.

Pero todas queremos andar en bicicleta hoy porque es nueva, así

que decidimos no tomar turnos hasta *pasado* mañana, hoy nos pertenece a todas.

Todavía no les digo nada de Nenny. Es mucho relajo. Sobre todo porque Rachel casi le saca un ojo a Lucy por quién va a subir primero, pero al fin decidimos subirnos todas juntas. ¿Por qué no?

Como Lucy tiene piernas largas, pedalea. Yo me monto en el asiento trasero y Rachel es bastante flaca para treparse en los manubrios, lo que pone a la bicicleta a tambalearse con ruedas de espagueti, pero después de un ratito nos acostumbramos.

Rodamos rápido y más rápido. Pasamos mi casa, triste y roja y desmoronada en algunas partes, pasamos el abarrote de Mr. Benny en la esquina, y hacia abajo por la avenida que es peligrosa. Lavandería, tienda de usado, farmacia, ventanas y carros y más carros, y vuelta a la manzana de regreso a Mango.

La gente del autobús nos saluda. Una señora muy gorda que cruza la calle nos dice: vaya que andan pesadas.

La pesada será usted, señora, grita Rachel, que es bien grosera.

Abajo, abajo, abajo Mango Street, Rachel, Lucy y yo. Nuestra bicicleta nueva. Y enchuecamos el camino a carcajadas.

Risa

Nenny y yo no parecemos hermanas... no a primera vista. No como Rachel y Lucy que tienen los mismos labios gruesos de chupón como todos los de su familia. Pero yo y Nenny, somos más parecidas de lo que tú crees. Nuestra risa, por ejemplo, no es la tímida risita tonta de campanitas de carrito paletero de la familia de Rachel y Lucy, sino brusca y sorpresiva como de un altero de platos quebrándose. Y otras cosas que no puedo explicar.

Un día íbamos pasando una casa que se parecía, en mi mente, a las casas que he visto en México, no sé por qué. Nada en la casa se parecía exactamente a las casas que yo recordaba. Ni siquiera estoy segura de por qué pensé eso, pero sentí que estaba bien.

Miren esa casa, dije, parece México.

Rachel y Lucy me miran como si estuviera loca, pero antes de que puedan soltar la risa, Nenny dice: sí, es México. Es exactamente lo que yo estaba pensando.

Gil. Compraventa de muebles

El dueño de la tienda de usado es un viejo. Una vez le compramos un refrigerador usado y Carlos le vendió una caja de revistas por un dólar. La tienda es chica, sólo tiene una ventana sucia para la luz. Él no enciende la luz a menos que traigas dinero para comprarle, así que Nenny y yo vemos

toda clase de cachivaches en la oscuridad. Mesas con las patas para arriba, y filas y filas de refrigeradores con esquinas redondas, y sillones que hacen girar el polvo en el aire cuando les pegas y cien televisores que tal vez no sirven. Todo está encimado, así que toda la tienda es de pasillitos muy angostos para caminarla y puedes perderte bien fácil.

El dueño, él es un negro que no habla mucho y si no conoces bien puedes estar allí mucho tiempo antes de que tus ojos descubran unos anteojos de oro flotando en la oscuridad. Nenny, que se cree muy lista y platica con cualquier viejo, le hace montones de preguntas. Yo a él nunca le dije nada, nada más cuando le compré la Estatua de la Libertad por un *dime*².

Pero a Nenny la oigo preguntarle qué es esto, y el hombre dice: esto, esto es una caja de música, y yo me volteo rápido pensando que él quiere decir una *preciosa* caja que tiene flores pintadas y una bailarina adentro. Pero no hay nada de eso en lo que el viejo señala; sólo una caja de madera que es vieja y tiene un enorme disco de latón con agujeros. Entonces él la echa a andar y empiezan a suceder muchas cosas, como si de repente soltara un millón de polillas sobre los muebles polvosos y en las sombras de cuello de cisne y en nuestros huesos. Es como gotas de agua. O como marimbas, pero con un curioso sonidito punteado, como si recorrieras tus dedos sobre los dientes de un peine metálico.

Y entonces no sé por qué, tengo que voltearme y fingir que la caja no me importa para que Nenny no pueda ver qué estúpida soy. Pero Nenny, que es más estúpida, ya está preguntando cuánto vale y veo sus dedos buscando las monedas en los bolsillos de los pantalones.

Esto, dice el viejo cerrando la tapa, esto no se vende.

Meme Ortiz

Meme Ortiz se mudó a la casa de Cathy cuando su familia se cambió. Ni se llama realmente Meme. Su nombre es Juan. Pero cuando le preguntamos cómo se llamaba dijo que Meme, y así es como le dicen todos menos su mamá.

Meme tiene un perro de ojos grises, un pastor con dos nombres, uno en inglés y uno en español. El perro es grande, como un hombre vestido con traje de perro, y corre del mismo modo que su dueño, torpe y loco y con los brazos y piernas sueltos como zapatos desabrochados.

El padre de Cathy construyó la casa a la que se mudó Meme. Es de madera. Adentro los pisos están inclinados. Algunos cuartos van de subida, otros de bajada. Y no hay closets. En el frente hay veintíun escalones, todos ladeados y salientes como dientes chuecos (están así adrede, dijo Cathy, para que la lluvia resbale hacia afuera), y cuando la mamá de Meme lo llama desde la puerta, Meme trepa gateando los

² Moneda de diez centavos de dólar.

veintiún escalones de madera con el perro de los dos nombres tras él.

En la parte de atrás hay un patio, casi todo tierra, y un montón de tablas grasosas que alguna vez fueron garage. Lo que más recuerdas es el árbol, enorme, con ramas gordas y poderosas familias de ardillas en las ramas más altas. Todo alrededor, la vecindad de techos enchapotados de dos aguas, y en sus desagües, las pelotas que jamás regresaron a la tierra. Abajo en el tronco del árbol, el perro de dos nombres ladra al aire vacío, y allá al final de la cuadra, más pequeña aún, nuestra casa sentada sobre patas dobladas como un gato.

Éste es el árbol que escogimos para el Primer Concurso Anual de Saltos de Tarzán. Meme ganó. Y se rompió los dos brazos.

Louie, su prima y su primo

Bajo la casa de Meme hay un sótano que su mamá arregló y rentó a una familia puertorriqueña. La familia de Louie. Louie es el mayor de una familia de hermanitas. En realidad es el amigo de mi hermano, pero yo sé que tiene dos primos y que sus camisetas nunca se quedan metidas dentro de sus pantalones.

La prima de Louie es mayor que nosotros. Vive con la familia de Louie porque su propia familia está en Puerto Rico. Se llama Marín o Marís o algo así, y lleva medias oscuras todo el tiempo y montón de maquillaje que le dan gratis porque vende Avon. No puede salir —la hace de nana de las hermanitas de Louie— pero se queda en la puerta mucho rato, canta y canta la misma canción tronando los dedos:

Apples, peaches, pumpkin, pa-ay
*You're in love and so am ah-ay*³

Louie tiene otro primo. Lo vimos sólo una vez, pero valió la pena. Estábamos jugando *volleyball* en el callejón cuando él llegó en un enorme Cadillac amarillo con llantas de cara blanca y una mascada amarilla amarrada al espejo. El primo de Louie traía el brazo afuera de la ventanilla. Pitó un par de veces y un montón de caras miraron desde la ventana trasera de la casa y luego un montón de gente salió —Louie, Marín y todas las hermanitas.

Todo mundo miró al interior del auto y preguntó de dónde lo había sacado. Tenía alfombras blancas y asientos de piel blanca. Pedimos una vueltecita y preguntamos dónde lo consiguió. El primo de Louie dijo: súbanse.

Cada uno tuvimos que sentarnos con una hermanita de Louie en las piernas, pero no nos importó. Los asientos eran grandes y suavitos

³ *Manzanas, peras, calabaza, pas-tel*
Estás enamorado y yo también ah-ay

como un sofá, y en el cristal de atrás había un gatito blanco que encendía los ojos cuando el auto se detenía o daba vuelta. Los cristales de las ventanillas no se levantaban como en los autos ordinarios, sino que había un botón que lo hacía por ti automáticamente. Recorrimos el callejón y todo alrededor de la cuadra seis veces, pero el primo de Louie dijo que nos iba a regresar a pie si no dejábamos de jugar con las ventanillas y de apretar los botones del radio FM.

A la séptima vez que entramos en el callejón oímos unas sirenas..., muy quedito al principio pero después más fuerte. El primo de Louie paró el auto allí mismo donde estábamos y dijo: afuera todos. Entonces despegó convirtiendo aquel auto en un borrón amarillo. Nosotros casi no tuvimos tiempo ni de pensar cuando la patrulla entró en el callejón igual de rápido. Vimos el Cadillac amarillo al final de la cuadra tratando de voltear a la izquierda, pero nuestro callejón es demasiado estrecho y el auto se estrechó contra un poste de la luz.

Marín gritó y corrimos a la esquina donde la sirena de la patrulla hacía girar un mareo azul. La trompa de aquel Cadillac amarillo estaba toda corrugada como la de un cocodrilo, y salvo por un labio sangrante y la frente magullada, el primo de Louie estaba *okay*. Le pusieron esposas y lo metieron en el asiento trasero de la patrulla, y todos levantamos las manos para despedirlo cuando se lo llevaron.



Marín

El novio de Marín está en Puerto Rico. Nos enseña sus cartas y nos hace prometer no decirle a nadie que se van a casar cuando ella vaya a P.R.

Dice que él todavía no consigue trabajo, pero ella está guardando la lana que gana vendiendo Avon y cuidando a sus primitas.

Marín dice que si se queda el año que entra, va a conseguir

un trabajo de a deveras en el centro porque allí están las mejores chambas, porque siempre tienes que verte bonita y vestir ropa buena y puedes encontrar en el metro a alguien que a lo mejor se casa contigo y te lleva a vivir en una casa muy grande y lejos.

Pero el año próximo los padres de Louie van a mandarle a Marín a su madre con una carta diciéndole que da mucha guerra, y eso

está re mal porque Marín me cae bien. Es mayor y sabe un chorro de cosas. Ella nos contó cómo quedó embarazada la hermana de Davey the Baby, y cuál crema es la mejor para quitar el bigote, y si cuentas las manchitas blancas de tus uñas sabes cuántos muchachos están pensando en ti y un montón de otras cosas que ahorita no recuerdo.

Nunca vemos a Marín hasta que su tía regresa del trabajo, y entonces sólo la dejan quedarse enfrente. Cada noche allí está con el radio. Cuando la luz de la recámara de su tía se apaga, Marín prende un cigarrillo y no importa si hace frío o si el radio no funciona o no tenemos nada que contarnos. Lo que importa, dice Marín, es que los muchachos nos vean y nosotras los veamos. Y como las faldas de Marín son más cortas y más bonitos sus ojos, y como Marín es en muchas formas mayor que nosotras, los muchachos que pasan dicen estupideces como estoy enamorado de esas dos manzanas verdes que llamas ojos, ándale regálamelos. Y Marín nomás se les queda viendo, sin parpadear ni siquiera, y no le da miedo.

Marín, bajo la luz de la calle, bailando sola, canta la misma canción en algún lado. Lo sé. Espera a que un carro se detenga, una estrella caiga, alguno que cambie su vida.

Los que no

Los que no saben llegan a nuestro barrio asustados. Creen que somos peligrosos. Piensan que los vamos a asaltar con navajas brilladoras. Son tontos que se han perdido y caen aquí por equivocación.

Pero no tenemos miedo. Conocemos al muchacho con el ojo chueco; es el hermano de Davey the Baby, y el altote junto a él con sombrero panameño es el Eddie V. de Rosa, y el grandote que parece un viejo zonzo es el *Fat Boy*,⁴ aunque ya no esté gordo ni sea niño.

Todo moreno por todos lados, estamos seguros. Pero en un barrio de otro color nuestras rodillas comienzan a temblar traca traca y subimos las ventanillas de nuestros carros hasta arriba y nuestros ojos miran al frente. Sí. Así es.

Había una viejita que tenía tantos niños que no sabía qué hacer

Los esquiñcles de Rosa Vargas son demasiado y demasiados. No es su culpa, sabes, sino que es la madre y una sola contra tantos.

Son malos esos Vargas, y cómo van a ponerle remedio con sólo una madre que está siempre cansada de abotonar, y embotellar, y chiquear, y que llora todos los días por el hombre que se largó sin dejarles

⁴ *Niño Gordo.*

ni un dólar para el jamón o una notita diciéndoles por qué.

Los niños doblan árboles y rebotan entre los carros y se cuelgan de las rodillas arriba y abajo y casi se rompen como vasijas de museo que no se pueden reponer. Les parece chistoso. No tienen respeto por cosa viviente alguna incluyéndose a sí mismos.

A la larga se aburre una de andar preocupándose por niños que ni son de uno. Un día están jugando «atrévete» en el techo de Mr. Benny. Mr. Benny dice: hei, escuincles, ¿no se les ocurre algo menos peligroso que treparse allá arriba? Bájensen. Se me bajan orita mismo pero ya. Y ellos sólo escupen.

Ven. Eso es lo que quiero decir. Con razón todos se dan por vencidos. Nomás se descuidaron un segundo cuando Efrencito se rompió los dientes de chivo en el parquímetro, y ni siquiera evitamos que a Refugia se le quedara atorada la cabeza entre dos barrotes en la reja de atrás, y nadie levantó la vista hacia el cielo el día que Ángel Vargas aprendió a volar y cayó del cielo como dona de azúcar, igualito que estrella fugaz, y explotó en el suelo sin ni siquiera un «Ay».

Alicia que ve ratones

Cierra los ojos y verás que se van, le dice su padre, o tú nomás imaginas. Además, la obligación de la mujer es dormir para que pueda levantarse temprano con la estrella de la tortilla, la que sale justo al tiempo que te levantas y en el rincón de tus ojos alcanzas a ver unas patitas traseras que se ocultan detrás del fregadero, debajo de la bañera de cuatro garras, bajo las duelas hinchadas que nadie compone.

Alicia, huérfana de madre, lamenta que no haya alguien mayor que se levante a hacer las tortillas para el lonche. Alicia, que de su madre heredó el rodillo de amasar y lo dormilona, es joven y lista y estudia por primera vez en la universidad. Toma dos trenes y un autobús, porque no quiere pasar su vida en una fábrica o tras un rodillo de amasar. Es una buena chica, mi amiga, estudia toda la noche y ve ratones, los que su padre dice que no existen. No le tiene miedo a nada, excepto a esas pielecitas de cuatro patas. Y a los papás.

Darius y las nubes

Nunca acabas de llenarte de cielo. Puedes dormirte y amanecer borracho de cielo, y el cielo puede cuidarte cuando andas triste. Aquí hay demasiada tristeza y no bastante cielo. También hay poquitas mariposas, flores y casi todas las cosas que son bellas. A pesar de eso, hacemos lo mejor con lo que tenemos.

Darius, al que no le gusta la escuela, el que es estúpido a veces y casi siempre un bufón, hoy dijo algo sabio, aunque los más de los días se

queda callado. Darius, el que persigue a las niñas con cuetes o con un palo que tocó una rata y se cree malvado, hoy señaló hacia arriba porque el mundo estaba lleno de nubes, de las que parecen almohadas.

¿Ven todos esa nube, la gorda ésa?, dijo Darius, ¿ven eso? ¿Dónde? La que está al lado de la que parece palomita de maíz. Ésa mera. Mírenla. Es Dios, dijo Darius. ¿Dios?, preguntó alguien chiquito. Dios, dijo él, y lo hizo fácil.

Y algunas más

Digo que los esquimales tienen treinta nombres distintos para la nieve. Lo leí en un libro.

Tengo una prima, dice Rachel, que tiene tres nombres diferentes.

Cómo va a haber treinta clases de nieve diferentes, dice Lucy. Hay dos: la limpia y la sucia. Sólo dos.

Hay millonsísimos, dice Nenny, no hay dos que sean igualitas. Lo único es, ¿cómo sabes cuál es cuál?

Ella tiene tres apellidos y, déjame ver, dos nombres. Uno en inglés y otro en español...

Y las nubes tienen por lo menos diez nombres diferentes, digo yo.

¿Nombres para las nubes?, pregunta Nenny, ¿nombres como tú y como yo?

Ésa de allí arriba, ésa es cúmulus, y todos miran hacia arriba.

Las cúmulus son bien monas, dice Rachel. Tenía que decir algo así.

¿Qué es ésa de allá?, pregunta Nenny apuntando con el dedo.

También es cúmulus. Hoy todas son cúmulus. Cúmulus, cúmulus, cúmulus.

No, dice ella. Ésa de allí es Nancy, conocida también como Ojo de Puerco. Y más allá su prima Mildred, y Joe y el chiquito, Marco, Nereida y Sue.

Hay toda clase de nubes. ¿Cuántas clases diferentes de nubes crees que hay?

Bueno, para empezar hay ésas que parecen crema de rasurar.

¿Y las que parecen que les peinaste el pelo? Sí, ésas también son nubes.

Phillis, Ted, Alfredo y Julie...

Hay muchas nubes que parecen campos grandísimos de borreguitos, dice Rachel. Son mis preferidas.



Y no olviden las nubes
nimbus de lluvia, digo yo, eso sí que es
algo.

José y Dagoberto, Alicia,
Raúl, Edna, Alma y Rickey...

Y luego está esa nube ancha
algodonosa que parece tu cara cuando
despiertas después de haberte dormido
con tu ropa puesta.

Reynaldo, Angelo, Albert,
Armando, Mario...

Mi cara no. Se parece a tu
gorda cara, gorda.

Rita, Margie, Ernie...

¿Cara gorda de quién?

La carota gorda de
Esperanza, esa mera. Se parece
a la cara fea de Esperanza
cuando llega a la escuela en la
mañana.

Anita, Stella,
Dennis y Lolo...

¿A quién le dices
fea, fea?

Richie, Yolanda,
Héctor, Stevie, Vicente...

A ti no, a tu madre. Esa

mera.

¿Mi madre? No se te ocurra ni decir su nombre, Lucy Guerrero.
Más te vale no hablar de ese modo... o puedes irte despidiendo para
siempre de ser mi amiga.

Digo que tu madre es fea como... hmmm... ¡Como pies
descalzos en septiembre!

¡Basta! Sáquense las dos de mi patio antes de que llame a mis
hermanos.

Ay, si nomás estamos jugando.

Se me ocurren treinta palabras esquimales para ti, Rachel.
Treinta palabras que dicen lo que eres.

¿Ah sí? Bueno, yo puedo pensar en algunas más.

Vaya, vaya, Nenny, mejor te traes la escoba. Hoy hay
demasiada basura en nuestro patio.

Frankie, Licha, María, Pee Wee...

Nenny, mejor le dices a tu hermana que está bien loca porque
Lucy y yo nunca vamos a volver aquí. Jamás de los jamases.

Reggie, Elizabeth, Lisa, Louie...

Puedes hacer lo que te dé la gana, Nenny, pero más te vale no

hablarle a Lucy ni a Rachel si quieres seguir siendo mi hermana.

¿Sabes lo que eres, Esperanza? Eres como avena sin leche. Eres como los mazacotes.

Sí, y ustedes son chinches, eso es lo que son.

Labios de pollo.

Rosemary, Dalia, Lily...

Mermelada de cucarachas.

Jean, Geranium y Joe...

Frijoles fríos.

Mimi, Michael, Moe...

Los frijoles de tu madre.

Los dedos del pie de tu mamá fea.

Eso es estúpido.

Bebe, Blanca, Benny...

¿A quién le estás llamando estúpida, estúpida?

Rachel, Lucy, Esperanza y Nenny.

La familia de pies menuditos

Hubo una vez una familia. Todos eran chaparritos. Sus brazos y manos chiquititos, y su altura nada alta y sus pies este tamaño.

El abuelo dormía en el sofá de la sala y los ronquidos le salían entre los dientes. Sus pies eran gordos y masudos como tamales gruesos y se los polveaba y los metía en calcetines blancos y zapatos de cuero café.

Los pies de la abuelita eran preciosos como perlas rosadas, envueltos en zapatitos de terciopelo y tacón alto que la hacían caminar como pollo espinado, pero se los ponía de todos modos porque se veían bonitos.

Los pies del niño tenían diez dedos pálidos y transparentes como de salamandra, y se los metía a la boca cada vez que tenía hambre.

Los pies blancos de la madre, gorditos y educados, bajaban como pichones blancos del mar de almohada, a través de las rosas del linóleo, bajando los escalones de madera, por encima de los cuadros de rayuela 5, 6, 7, cielo.

¿Quieren esto? Y nos dio una bolsa de papel con zapatos y unos rojos y un par de zapatillas de baile que fueron blancas pero ahora son azul pálido. Tomen, y dimos las gracias y esperamos hasta que ella subiera las escaleras.

¡Viva! Hoy somos Cenicienta porque nuestros pies caben exactamente, y nos reímos del pie de Rachel con un calcetín gris de niña y un zapato de mujer de tacón alto. ¿Te gustan estos zapatos? Pero la verdad es que da miedo mirar tu pie atado a una pierna larga, larga, tu pie que ya no es tuyo.

Todo mundo quiere cambalachar. Los zapatos limón a cambio

de los rojos, los rojos por el par que fue blanco y hoy es azul pálido, los azul pálido por los limón, y quítelos y vuélvelos a poner y síguelo en lo mismo por un largo rato hasta que nos cansemos.

En eso Lucy grita que nos quitemos los calcetines, y sí, es verdad. Tenemos piernas. Flacas y con cicatrices brillosas donde nos arrancamos las costras, pero piernas, todas nuestras, agradables de ver y largas.

Rachel es la primera que logra caminar pavoneándose toda sobre los mágicos tacones altos. Nos enseña a cruzar y descruzar las piernas y a correr como una cuerda dos veces doble, y cómo bajar hasta la esquina de modo que los zapatos te llamen a cada paso. Lucy, Rachel, yo, tam-tam-tam tambaleantes, vamos calle abajo hasta la esquina donde los hombres no nos despegan los ojos. Hemos de ser navidad.

Mr. Benny en la tienda de la esquina se saca de la boca su importante puro. ¿Sabe su madre que ustedes tienen zapatos desos?, ¿quién les dio eso?

Nadie.

Train peligros, dice. Son muy chiquitas para traer zapatos desos. Quitenselos antes que llame yo a la polecía. Pero nosotras nomás corremos.

En la avenida, un muchacho en una bicicleta hecha en casa grita: lindas damitas, llévenme al cielo.

Pero no hay nadie más que nosotras.

¿Te gustan estos zapatos? Rachel dice sí, y Lucy dice sí, y sí digo yo, éstos son los mejores. Nunca volveremos a usar de otro tipo. ¿Te gustan estos zapatos?

Frente a la lavandería seis muchachas con la misma cara redonda quieren hacernos creer que somos invisibles. Son las primas, dice Lucy, siempre son envidiosas. Nosotras seguimos trotando tambaleantes.

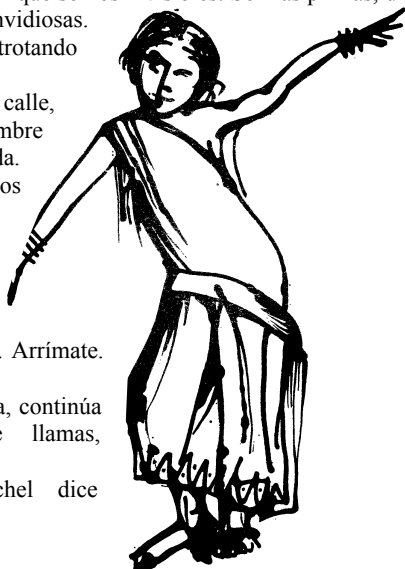
Al otro lado de la calle, frente a la cantina, un hombre vago en el escalón de la entrada.

¿Te gustan estos zapatos?

Hombre vago dice: sí, niñita, tus zapaticos alimonados son demasiado preciosos. Pero acércate más. No puedo ver muy bien. Arrímate. Por favorcito.

Eres una niña bonita, continúa hombre vago, ¿cómo te llamas, muchacha bonita?

Y sin más, Rachel dice



Rachel.

Tú sabes que hablar con borrachos es de locos y decirles tu nombre es lo peor, pero quién puede culparla. Rachel es joven y la marea oír que le digan tantas cosas dulces en un solo día, aunque sean las palabras de whiskey de un borrachín.

Rachel, eres más bella que un taxi amarillo, ¿sabes?

A nosotras la cosa ya no nos está gustando. Tenemos que irnos, dice Lucy.

¿Si te doy un dólar me besas?, ¿qué tal un dólar? Yo te doy un dólar, y busca dinero arrugado en su bolsillo.

Vámonos ya, dice Lucy tomando la mano de Rachel que parece meditar en ese dólar.

Hombre vago le grita algo al aire pero nosotras ya vamos corriendo rápido y lejos, nuestros zapatos de tacón alto llevándonos camino abajo por la avenida y alrededor de la cuadra, pasamos a las primas feas, pasamos la tienda de Mr. Benny, subimos a Mango Street por la parte de atrás, por si acaso.

Ya nos cansamos de ser bellas. Lucy esconde los zapatos limón y los rojos y los que fueron blancos y son ahora azul pálido, bajo una canasta poderosa, hasta que un martes su mamá, que es muy ordenada, los tira. Pero nadie se queja.

Un sandwich de arroz

Los niños especiales, los que llevan llaves colgadas del cuello, comen en el refectorio. ¡El refectorio! Hasta el nombre suena importante. Y esos niños van allí a la hora del lonche porque sus madres no están en casa o porque su casa está demasiado lejos

Mi casas no está muy lejos pero tampoco muy cerca, y de algún modo se me metió un día en la cabeza pedirle a mi mamá que me hiciera un sandwich y le escribiera una nota a la directora para que yo también pudiera comer en el refectorio.

Ay no, dice ella apuntando hacia mí el cuchillo de la mantequilla como si yo fuera a empezar a dar la lata, no señor. Lo siguiente es que todos aquí van a querer una bolsa de lonche. Voy a estar toda la noche cortando triangulitos de pan: éste con mayonesa, éste con mostaza, el mío sin pepinillos pero con mostaza por un lado por favor. Ustedes, niños, sólo quieren darme más trabajo.

Pero Nenny dice que a ella no le gusta comer en la escuela –nunca– porque a ella le gusta ir a casa de su mejor amiga, Gloria, que vive frente al patio de la escuela. La mamá de Gloria tiene una tele grande a color y lo único que hacen es ver caricaturas. Por otra parte, Kiki y Carlos son agentes de tránsito infantiles. Tampoco quieren comer en la escuela. A ellos les gusta pararse afuera en el frío, especialmente si está lloviendo.

Desde que vieron esa película, *300 espartanos*, creen que sufrir es bueno.

Yo no soy espartana y levanto una anémica muñeca para probarlo. Ni siquiera puedo inflar un globo sin marearme. Y además, sé hacer mi propio lonche. Si yo comiera en la escuela habría menos platos que lavar. Me verías menos y menos y me querías más. Cada mediodía mi silla estaría vacía. Podrías llorar: ¿Dónde está mi hija favorita?, y cuando yo regresara por fin a las tres de la tarde, me valorarías.

Bueno, bueno, dice mi madre después de tres días de lo mismo. Y a la mañana siguiente me toca ir a la escuela con la carta de Mamá y mi sandwich de arroz porque no tenemos carnes frías.

Los lunes y los viernes da igual, las mañanas siempre caminan muy despacio y hoy más. Pero finalmente llega la hora y me formo en la fila de los niños que se quedan a lonchar. Todo va muy bien hasta que la monja que conoce de memoria a todos los niños del refectorio me ve y dice: Y a ti ¿quién te mandó aquí? Y como soy penosa no digo nada, nomás levanto mi mano con la carta. Esto no sirve, dice, hasta que la madre superiora dé su aprobación. Sube arriba y habla con ella. Así que fui.

Espero a que les grite a dos niños antes que a mí, a uno porque hizo algo en clase y al otro porque no lo hizo. Cuando llega mi turno me paro frente al gran escritorio con estampitas de santos bajo el cristal mientras la madre superiora lee mi carta, que dice así:

Querida madre superiora:

Por favor permítale a Esperanza entrar en el salón comedor porque vive demasiado lejos y se cansa. Como puede ver está muy flaquita. Espero en Dios no se desmaye.

Con mis más cumplidas gracias,

Sra. E. Cordero.

Tú no vives lejos, dice ella. Tú vives cruzando el bulevar, nada más son cuatro cuerdas. Ni siquiera. Quizá tres. De aquí son tres largas cuerdas. Apuesto a que puedo ver tu casa desde mi ventana. ¿Cuál es? Ven acá, ¿Cuál es tu casa?

Entonces hace que me trepe en una caja de libros. ¿Es ésta?, dice señalando una fila de edificios feos de tres pisos, a los que hasta a los pordioseros les da pena entrar. Sí, muevo la cabeza aunque aquella no era mi casa y me echo a llorar. Yo siempre lloro cuando las monjas me gritan aunque no me estén gritando.

Entonces ella lo siente y dice que me puedo quedar –sólo por hoy, no mañana ni el día siguiente. Y yo digo sí y por favor, ¿podría darme un Kleenex? –tengo que sonarme.

En el refectorio, que no era nada del otro mundo, un montón de niños y niñas miraban mientras yo lloraba y comía mi sandwich, el pan ya grasoso y el arroz frío.

Chancas

Soy yo, mamá, dice Mamá. Yo abro y allí está ella con bolsas y grandes cajas, la ropa nueva y sí trajo las medias y un fondo que tiene una rosita y un vestido de rayas blancas y rosas. ¿Y los zapatos? Los olvidé. Ya es muy tarde. Estoy cansada. ¡Ufa! ¡Uf, hijole!

Son ya las seis y media y el bautizo de mi primito terminó. Todo el día esperando, la puerta cerrada, no le abras a nadie, y yo no hasta que Mamá regresa y compró todo, excepto los zapatos.

Ahora el tío Nacho llega en su carro y tenemos que apurarnos a llegar a la Iglesia de la Preciosa Sangre rápido porque allí es la fiesta del bautizo, en el sótano rentado este día para bailar y tamales y los escuincles de todos corriendo por todos lados.

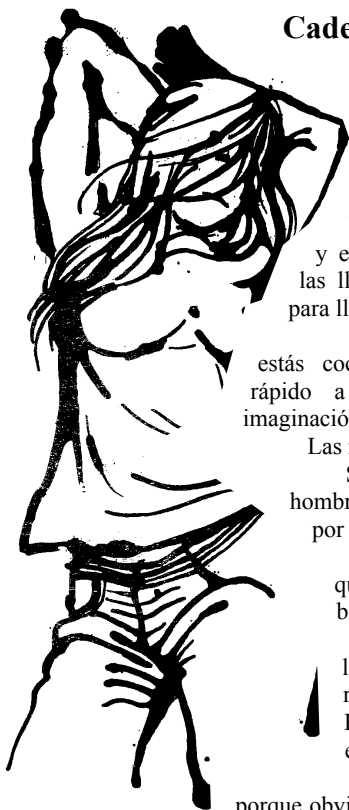
Mamá baila, ríe, baila. De pronto Mamá se enferma. Abanico su cara acalorada con un plato de cartón. Demasiados tamales pero tío Nacho dice demasiado de esto y se empina el pulgar entre los labios.

Todos ríen menos yo, porque estoy estrenando el vestido de rayas rosa y blanco, y nueva ropa interior, y nuevos calcetines, y los viejos zapatos color café con blanco que llevo a la escuela, como los que me entregan cada septiembre porque duran mucho, y sí duran. Mis pies desgastados y redondos y los tacones bien chuecos que se ven estúpidos con este vestido, así que nomás aquí sentada.

Mientras tanto ese muchacho que es mi primo de primera comunión o de algo me pide que baile y no puedo. Únicamente escondo mis zapatos bajo la silla plegadiza de metal que dice Sangre Preciosa y despegó un chicle café que está pegado debajo del asiento. Sacudo mi cabeza: no. Mis pies van haciéndose grandes y más grandes.

Entonces el tío Nacho jala y jala mi brazo y no importa qué tan nuevo es el vestido que Mamá me compró, es porque mis pies están feos, hasta que mi tío que es un mentiroso dice: tú eres la más bonita de todas aquí, vas a bailar. Y yo le creo y sí, estamos bailando, mi tío Nacho y yo, aunque al principio no quiero. Mis pies se hinchan como chupones pero yo los arrastro hasta el centro del piso de linóleo donde mi tío quiere presumir el baile que aprendimos. Y mi tío me hace girar, y mis brazos flacos se doblan como él me enseñó y mi madre mira, y mis primitos miran, y el muchacho que es mi primo de primera comunión mira, y todo el mundo dice ¡guau!, ¿quiénes son esos que bailan como en el cine?, hasta que se me olvida que traigo zapatos del diario café con blanco de los que compra mi mamá cada año para la escuela.

Y todo lo que oigo son los aplausos cuando la música se detiene. Mi tío y yo hacemos una reverencia y él me acompaña con mis gruesos zapatos a donde está Mamá que se siente orgullosa de ser mi madre. Toda la noche el muchacho que ya es un hombre me mira bailar. Él me miró bailar.



Caderas

*Yo no soy bonita
ni lo quiero ser
porque las bonitas
se echan a perder.*

Un día te despiertas y allí están. Listas y esperando como un Buick nuevo con las llaves con el motor prendido. ¿Listas para llevarte a dónde?

Sirven para cargar al bebé cuando estás cocinando, dice Rachel dándole más rápido a la cuerda de saltar. No tiene imaginación.

Las necesitas para bailar, dice Lucy.

Si no las tienes, puedes volverte hombre. Nenny lo dice y lo cree. Ella es así por su edad.

Muy bien, digo yo antes de que Lucy o Rachel se burlen de ella. Es bien tonta claro, sí, pero es *mi* hermana.

Pero lo más importante es que las caderas son científicas, sigo yo, repitiendo lo que Alicia ya me dijo. Por los huesos puedes saber si un esqueleto es de hombre o de mujer.

Florece como las rosas, le sigo porque obviamente soy la única que puede hablar con alguna autoridad; la ciencia está de mi lado. Los huesos un buen día se abren. Así nomás. Un día puedes decidir tener niños, y entonces, ¿dónde los vas a poner? Deben tener espacio. Los huesos dan de sí.

Pero no tengas muchos porque el trasero se te ensancha, así es la cosa, dice Rachel, cuya mamá es ancha como lancha. Y nos echamos a reír.

Yo lo que pregunto es quién de las de aquí está lista. Tienes que ensayar para saber qué hacer con las caderas cuando las tengas, digo yo componiéndolas al caminar. Tienes que saber cómo caminar con caderas, la práctica, tú sabes. Como si una de tus mitades quisiera ir para un lado y la otra para el otro.

Eso es mecerlo, dice Nenny, como arrullar al bebé dormido dentro de ti. Y entonces comienza a cantar: *a la ro ro niño, a la ro ro ya, duérmase mi niño, duérmase mi amor.*

Estoy por decirle que es la cosa más idiota que haya oído jamás,

pero mientras lo pienso...

Tienes que pescar el ritmo, y Lucy comienza a bailar. Sabe de qué se trata, aunque le cuesta mantener quieto su *caboose*.

Tienes que ser así nomás, digo yo. Ni muy rápido ni muy lento. Ni aprisa ni despacio.

Bajamos la rapidez de los medios círculos hasta una velocidad a la que Rachel, que acaba de entrar, pueda seguir moviéndose.

Quiero sacudirme como juchi-cuchi, dice Lucy. Está loca.

Yo me quiero mover como hebí-yebí digo yo siguiendo su ejemplo.

Quiero ser Tahiti. O merengue. O electricidad.

¡O tembeleque!

Sí, tembeleque. Ésa es buena.

Entonces es Rachel la que comienza:

*Miren mis caderas
hagan como yo
la que no baile
es que se murió.*

Lucy espera un minuto antes de su turno. Está pensando. Luego comienza:

*Cadereo cadereo
todo baile es un meneo
quizá sí, quizá no.
Ondular ondular
las rodillas sin parar
quizá sí, quizazás.*

Se equivoca en el quizá. Cuando me toca espero un poquito, respiro hondo, y me aviento:

*Hay caderas redondas
como un salvavidas,
otras salen cuadradas como
puerta de casa,
algunas son picudas como
caballo flaco.*

*No me importa la forma que tengan
mis caderas,
lo que quiero es tenerlas,
que me aparezcan ya.*

Ahora todo mundo está prendido menos Nenny que todavía

tararea *duérmase mi niño, duérmase ya*. Así es ella.

Cuando los dos arcos se abren anchos como quijadas, Nenny salta delante de mí, tic tic la cuerda, saltando los areticos de oro que Mamá le regaló por su primera comunión. Nenny es del color de un apna de jabón para ropa, como la tejita café que sobra después del lavado, el huesito duro, mi hermanita. Su boca se abre y ella comienza:

*Patito, patito
color de café,
si usted no me quiere
pos luego por qué.*

Esa canción vieja no, digo yo. Tienes que hacer tu propia canción. Invéntala, ¿sabes? Pero ella no entiende o no quiere. Es difícil saber cuál de las dos. La cuerda vuelta y vuelta y vuelta.

*Dos y dos son cuatro,
cuatro y dos son seis,
seis y dos son ocho
y ocho, dieciséis,
y ocho veinticuatro
y ocho treinta y dos,
ánimas benditas
que se me murió.*

Puedo ver que Lucy y Rachel están disgustadas, pero no dicen nada porque ella es *mi* hermana.

*Brinca la tablita
yo ya la brinqué.*

Nenny, digo yo, pero no me oye. Ella está lejos, a muchos años luz. Ella está en un mundo al que nosotras ya no pertenecemos. Nenny. Yéndose, yéndose.

*Bríncala de nuevo
yo ya me cansé.*

El primer empleo

No es que yo no quisiera trabajar. Quería. Hasta había ido a la oficina del Seguro Social el mes anterior a sacar mi número de registro. Necesitaba dinero. La secundaria católica cuesta un chorro, y Papá dijo que nadie iba a la escuela el gobierno a menos que quisiera salir mal.

Yo pensé que encontraría un empleo fácil, como los que tienen otros chicos, trabajando en un puesto de hot dogs. Y aunque todavía no comenzaba a buscar, pensé que podría hacerlo después de la semana entrante. Pero cuando regresé en la tarde toda mojada porque Tito me empujó en la llave del agua, porque yo como que lo dejé, Mamá me llamó a la cocina antes de que pudiera cambiarme, y tía Lala estaba allí sentada tomándose su café con una cuchara. Tía Lala dijo que había encontrado empleo para mí en la Fotografía Peter Pan de North Boadway donde ella trabajaba, y que cuántos años tenía yo, y que al día siguiente fuera al trabajo y les dijera que tenía uno más y que eso era todo.

Así que en la mañana me puse mi vestido azul marino que me hace parecer más grande y pedí prestado para el lonche y para el camión, porque dijo mi tía Lala que no me pagarían hasta el viernes siguiente, y fui y agarré y hablé con el jefe de la Fotografía Peter Pan de North Broadway donde estaba mi tía Lala y mentí acerca de mi edad como ella me dijo y seguí ese mismo día comencé a trabajar.

En mi trabajo tenía que usar guantes blancos. Tenía que poner los negativos con las fotografías. Nomás ver la foto y buscarle el negativo en la tira, ponerlo en el sobre y síguele con la que sigue. Era todo. Yo no sabía de dónde venían esos sobres o para dónde iban. Sólo hacía lo que me dijeron.

Era realmente fácil, y creo que no me habría importado hacerlo, sólo que después de un tiempo te cansabas y yo no sabía si podía sentarme o no, y entonces comencé a sentarme sólo cuando las dos mujeres cerca de mí lo hacía. Después de un tiempo comenzaron a reírse y vienen a decirme que podía sentarme cuando yo quisiera y yo les dije que ya lo sabía.

A la hora del lonche yo tenía miedo de comer sola en el comedor de la compañía con todos aquellos hombres y damas mirando, así que devoré de pie en uno de los reservados del toilet y me sobró mucho tiempo, por eso volví al trabajo temprano. Entonces vino el tiempo de descanso y no sabiendo a dónde ir me metí en el guardarropa porque allí había una banca.

Supongo que sería la hora de llegada del turno de la noche o del medio turno porque varias personas llegaron y perforaron tarjetas en el reloj checador, y un hombre viejo, oriental, dijo hola y charlamos de que yo acababa de ingresar y él dijo que podríamos ser amigos y que la siguiente vez que fuera al comedor me



7

sentara con él y me sentí mejor. Tenía ojos bellos y ya no me sentí nerviosa. Entonces me preguntó que si sabía qué día era y cuando respondí que no él me dijo que era su cumpleaños y que por favor le diera un beso de cumpleaños. Creí que sí porque él era tan viejo, y cuando iba a poner mis labios en su mejilla, él me agarra la cara con sus dos manos y me besa fuerte en la boca y no suelta.

Papá que se despierta cansado en la oscuridad

Se murió tu abuelito, dice Papá una mañana temprano en mi cuarto. Está muerto, y como si en ese momento él acabara de escuchar la noticia, mi valiente Papá se apachurra como abrigo, y llora, y no sé qué hacer.

Yo sé que tendrá que irse, que tomará un avión a México, allá estarán todos los tíos y tías y se tomarán una foto en blanco y negro frente a la tumba con flores en forma de lanzas en un florero blanco porque así despiden a los muertos en ese país.

Como soy la mayor, Papá me ha avisado primero y ahora me toca dar la noticia a los demás. Tengo que decirles por qué no podemos jugar. Les tendré que pedir que hoy se estén quietos.

Papá, sus gruesas manos y sus gruesos zapatos, que se despierta cansado en la oscuridad, que se peina el pelo con agua, bebe su café y antes de que despertemos ya se ha ido, hoy está sentado en mi cama.

Y yo pienso qué haría si mi Papá muriera. Rodeo a mi padre con mis brazos, y lo abrazo, lo abrazo, lo abrazo.

Mal nacida

Lo más probable es que me iré al infierno y lo más seguro es que me lo merezco. Dice mi madre que yo nací en un día maldito y reza por mí. Rachel y Lucy también rezan. Por nosotras y por cada una... por lo que le hicimos a tía Lupe.

Su nombre era Guadalupe y era bella como mi madre. Morena oscura. Daba gusto verla. Con su vestido de Joan Crawford y sus piernas de nadadora. La tía Lupe de las fotografías.

Pero yo la sabía enferma de un mal que no se iría, sus piernas amontonadas bajo las sábanas amarillas, los huesos reblandecidos como gusanos. La almohada amarilla, el olor amarillo, los pomos y las cucharas. Su cabeza echada atrás como una dama sedienta. Mi tía, la nadadora.

Es difícil imaginar sus piernas alguna vez fuertes, los huesos duros dividiendo el agua, braceos limpios y precisos, no doblados y arrugados como de bebé, no ahogándose bajo la pegajosa luz amarilla. Segundo piso el fondo. Ese foco desnudo. Los cielos altos. Ese foco siempre prendido.

Yo no sé quién decide a quién le toca salir mal. No hubo maldad

en su nacimiento. Ni maldición perversa. Un día, creo, estaba nadando y al día siguiente, zas, enferma. Pudo ser el día que le tomaron esa fotografía gris. Pudo ser el día que estaba deteniendo a la prima Totchy y al bebé Frank. Pudo ser el momento en que ella señaló la cámara para que los niños voltearan y ellos no quisieron.

Tal vez el cielo no vio el día en que ella cayó. Quizás Dios estaba ocupado. Quizás un día se echó un mal clavado y se lastimó la columna. O puede que sea verdad la historia de Totchy de que se dio un porrazo durísimo al caer de un banco alto.

Pero yo digo que los males no tienen ojos. Señalan con su dedo loco a cualquiera, nomás a cualquiera. Como mi tía que un día iba bajando la calle con su vestido de Joan Crawford, con su sombrero chistoso de fieltro con la pluma negra, la prima Totchy de una mano y el bebé Frank de la otra.

A veces uno se acostumbra a los enfermos y a veces la enfermedad, si se queda demasiado tiempo, se vuelve natural. Así le pasó a ella, y quizá por esto la escogimos.

Fue un juego, eso es todo. El que jugábamos todas las tarde. Desde el día en que alguien lo inventó –no recuerdo quién– creo que fui yo.

Tienes que pensar en alguien que todos conozcan. Alguien a quien puedas imitar y todos los demás tienen que adivinar de quién se trata. Comenzó con gente famosa: la Mujer Maravilla, los Beatles, Marilyn Monroe... Pero entonces alguien pensó que sería mejor si cambiábamos un poquito el juego, si pretendíamos ser Mr. Benny, o Blanca su mujer, o Ruthie, o cualquier otro conocido.

No sé por qué la escogimos. A lo mejor ese día estábamos aburridas. Nos caía bien mi tía. Oía nuestros cuentos. Siempre nos pidió que regresáramos. Lucy, yo, Rachel. A mí no me gustaba ir sola. Seis cuerdas hasta el departamento oscuro, segundo piso, edificio del fondo donde nunca entra la luz del sol y, ¿qué más daba? Para entonces mi tía estaba ciega. Nunca veía los platos sucios en el fregadero. No podía ver los techos llenos de moscas, las horribles paredes café, los pomos y las cucharas mugrosas. No puedo olvidar el olor. Como cápsulas pegajosas rellenas de jalea. Mi tía, un ostión chiquito, un trocito de carne en una concha abierta. Hola, hola. Como si hubiese caído en un pozo.

Llevé libros de la biblioteca a su casa. Le leí cuentos. Me gustaba el libro *The Waterbabies*⁵. A ella también le gustaba. Nunca qué tan enferma estaba hasta el día en que traté de enseñarle una de las ilustraciones en el libro, una preciosa imagen a colores de los niños de agua nadando en el mar. Sostuve el libro frente a su cara. No puedo verlo, dijo, estoy ciega. Y yo me avergoncé.

Escuchaba todos los libros, todos los poemas que le leía. Un día le leí uno mío. Me le acerqué mucho. Lo murmuré en su almohada.

⁵ *Los Niños de Agua.*

*Yo quiero ser como
las olas del mar,
como las nubes al viento,
pero soy yo.
Un día saltaré
fuera de mi piel.
Sacudiré el cielo
como cien violines.*



Eso está bonito. Es muy bueno, dijo ella con su voz cansada. Acuérdate de seguir escribiendo, Esperanza. Debes continuar escribiendo. Te hará libre, y yo dije sí, pero en ese momento no sabía lo que quería decirme.

El día que jugamos el juego no sabíamos que ella se iba a morir. Con nuestras cabezas echadas para atrás, nuestro brazos flojos e inútiles colgantes como de muerto y nos hicimos las muertas. Reímos como ella reía. Hablamos como ella hablaba, del modo en que los ciegos hablan sin mover la cabeza. Imitamos la forma en que teníamos de levantarle la cabeza un poquito para que pudiera beber agua, sorberla lentamente de una taza verde de estaño. El agua estaba tibia y sabía a fierro. Lucy reía. Rachel también. Tomamos turnos para ser ella. Gritamos con la débil voz de un loro para que viniera Totchy a lavar aquellos platos. Era fácil.

No supimos. Había estado muriéndose por tanto tiempo, que lo olvidamos. Tal vez ella se avergonzaba. Tal vez se apenaba de que le tomara tantos años. Los niños que querían ser niños en lugar de lavar platos y planchar las camisas de su papá, y el marido que deseaba de nuevo tener una esposa.

Y entonces murió, mi tía que escuchaba mis poemas.

Y entonces comenzamos a soñar los sueños.

Elenita, baraja, palma, agua

Elenita, brujahechicera, limpia la mesa con un trapo porque Ernie, por darle de comer al niño, tiró su Kool-Aid. Dice: saca a ese mocoso loco de aquí y tómate tu Kool-Aid en la sala. ¿No ves que estoy ocupada? Ernie se lleva al niño a la sala donde Bugs Bunny está en la tele.

Qué buena suerte que no viniste ayer, dice. Ayer los planetas estaban hechos bolas.

Su tele es grande y a colores y todos sus bonitos muebles tapizados de piel roja como los ositos de peluche que regalan en los carnavales. Los tiene cubiertos de plástico. Creo que es por el bebé.

Sí, qué bueno, digo yo.

Pero nos quedamos en la cocina porque aquí es donde trabaja. Tiene lleno de velas benditas arriba del refrigerador, una prendidas, otras no, rojas y verdes y azules, un santo de yeso y una cruz de palma de domingo de ramos polvosa y una estampa de la mano vudú pegada a la pared.

Trae el agua, dice ella.

Voy al fregadero, no hay ningún vaso limpio. Tomo un tarro de cerveza que dice *LA CERVEZA QUE HIZO FAMOSA A MILWAUKEE*, y lo lleno con agua caliente de la llave, luego pongo el vaso de agua al centro de la mesa como ella me enseñó.

Mira adentro, ¿ves algo?

Pero no veo más que burbujas.

¿Ves la cara de alguien?

Nomás burbujas, digo yo.

Está bien, y hace el signo de la cruz sobre el agua tres veces y comienza a cortar las barajas.

No son como las cartas de juego común y corriente. Son raras, con hombres rubios a caballo y unos bates de *base ball* loquísimos con espinas. Copas de oro, mujeres tristes con vestidos muy antiguos, y rosas que lloran.

Hay una buena caricatura de Bugs Bunny en la tele. Lo sé, ya la he visto y reconozco la música y me gustaría ir a sentarme con Ernie y el bebé en el sofá de plástico, pero ahora comienza mi suerte. Mi vida entera en esta mesa de cocina: pasado, presente, futuro. Luego toma mi mano y mira mi palma. La cierra y también cierra los ojos.

¿Lo sientes?, ¿sientes el frío?

Sí, pero muy poquito, miento.

Bueno, dice, los espíritus están aquí. Y comienza.

Esta baraja, con el hombre oscuro en un caballo negro, representa los celos, y esta otra, pesar. Aquí una columna de abejas y ésta un colchón de lujo. Pronto irás a una boda y ¿tú perdiste un ancla de brazos? Sí, ¿un ancla de brazos? Está claro que eso significa.

¿Qué tal una casa?, digo yo, porque a eso vine.

Ah, sí, una casa en el corazón. Veo una casa en el corazón.

¿Eso es todo?

Es lo que veo, dice, y se levanta porque los niños están peleando. Elenita se levanta a pegarles y luego los abraza. Realmente los quiere, nomás que a veces se pasan de groseros.

Regresa y se da cuenta de que estoy decepcionada. Es brujahericera y sabe muchas cosas. Si tienes dolor de cabeza frota un huevo frío por tu cara. ¿Necesitas olvidar un viejo romance?, toma una pata de pollo, átalas con un listón rojo, hazla girar sobre tu cabeza tres veces y luego quémala. ¿Los malos espíritus no te dejan dormir?, acuéstate junto a una vela bendita siete días, y al octavo día escupe. Y muchas otras cosas. Ahora sabe que yo estoy triste.

Puedo volver a mirar si quieres que lo haga, *baby*. Y mira de nuevo barajas, palma, agua y dice ¡Ajá!

Una casa en el corazón, yo estaba en lo cierto.

Pero no lo entiendo.

Una casa nueva, una casa hecha de corazón. Voy a prender una vela por ti.

Todo esto por los cinco dólares que le doy.

Gracias y adiós, y cuídate del mal de ojo. Regresa un jueves, cuando las estrellas estén más fuertes. Y que la Virgen te bendiga. Y cierra su puerta.

Geraldo sin apellido

Lo conoció en un baile. Bonito el muchachito y joven. Dijo que trabajaba en un restaurante pero ella no puede recordar en cuál. Geraldo. Eso es todo. Pantalones verdes y camisa de sábado. Geraldo. Eso fue lo que él le dijo.

¿Y cómo iba a saber que sería la última en verlo vivo? Un accidente, ¿no sabes? Pega y corre. Marín, ella va a todos los bailes. Uptown. Logan. Embassy. Palmer. Aragon. Fontana. The Manor. Le gusta bailar. Se sabe las cumbias, las salsas y hasta las rancheras. Y él sólo fue alguien con quien bailó. Sí, eso es. Uno que conoció esa noche. Correcto.

Ésa es la historia. Eso es lo que ella dijo una y otra vez. Una vez a los del hospital y dos veces a la policía. Ni dirección, ni nombre. Nada en sus bolsillos. ¿No es una lástima?

Sin embargo, Marín no puede explicar por qué le importó, las horas y horas por alguien a quien ni siquiera conocía. La sala de emergencias del hospital. Sólo un interno trabajando todo solito. Tal vez si el cirujano hubiese llegado, si él no hubiera perdido tanta sangre, si tan sólo hubiese llegado el cirujano, habrían sabido a quién avisarle y dónde.

¿Pero qué importa? Él no significaba nada para ella. No era su novio ni nada por el estilo. Sólo un bracero más, de esos que no hablan inglés. Simplemente otro ilegal. Ya sabes de cuáles. Los que siempre parecen estar avergonzados. ¿Y después de todo qué andaba ella haciendo afuera a las tres de la mañana? Marín, que había sido enviada a casa con su abrigo y una aspirina. ¿Cómo lo explica?

Lo conoció en un baile. Geraldo, con sus brillantes pantalones verdes y brillante camisa de sábado. Geraldo yendo al baile.

¿Qué importa?

Ellos nunca vieron las cocinetas. Nunca supieron de los departamentos de dos cuartos y de los cuartuchos que él rentaba, las órdenes de pago semanales enviadas a su pueblo, la casa de cambio. ¿Cómo podrían?

Su nombre era Geraldo. Y su casa está en otro país. Los que le sobreviven están muy lejos, se preguntarán, van a encoger los hombros,

recordarán. Geraldo —ése se fue al norte... nunca volvimos a saber de él.

Ruthie la de Edna

Ruthie, alta, flaca señorita con la boca pintada de rojo y pañoleta azul, un calcetín azul y el otro verde porque se le olvidó; es la única persona mayor que conocemos a la que le gusta jugar. Lleva a Bobo, su perro, a pasear y se ríe sola, esa Ruthie. No necesita a nadie con quien reír, sola se ríe.

Es la hija de Edna, la dueña del edificio de al lado, tres departamnetos enfrente y tres al fondo. Cada semana Edna le grita a alguien y cada semana alguien tiene que salirse. Una vez corrió a una mujer encinta nomás porque tenía un pato... y además era un pato bien bueno. Pero Ruthie vive allí y Edna no puede correrla porque es su hija.

Ruthie llegó un día tal parece de ninguna parte. Ángel Vargas estaba tratando de enseñarnos a chiflar. Oímos entonces que alguien chiflaba —tan bonito como el ruiseñor del emperador— y cuando volvimos la cabeza allí estaba Ruthie.

A veces vamos de compras y nos la llevamos, pero ella nunca entra en las tiendas, y si entra se queda viendo a su alrededor como un animal salvaje que por primera vez entra a una casa.

Le gustan los dulces. Cuando vamos a la tienda de abarrotes de Mr. Benny, nos da dinero para que le compremos algo. Nos pide que os aseguremos de que sean de los suavécitos porque le duelen los dientes. Entonces promete ir al dentista la siguiente semana, pero la semana llega y no va.

Ruthie ve cosas preciosas en todas partes. Puedo estarle contando un chiste y ella se para y dice: la luna es bella como un globo. O alguien puede estar cantando y ella señala unas nubes: mira, es Marlon Brando. O una esfinge guiñando el ojo. O mi zapato izquierdo.

Una vez vinieron unos amigos de Edna y le preguntaron a Ruthie si quería ir a con ellos a jugar bingo. El motor del carro estba en marcha y Ruthie se detuvo en los escalones dudando si ir o no. ¿Voy, Ma?, preguntó a la sombra gris tras la tela de alambre del segundo piso. Me da igual, dice la tela, si quieres ve. Ruthie miró al piso. ¿Tú qué piensas, Ma? Yo qué sé, haz lo que te la gana. Ruthie miró al piso un poco más. El carro con el motor andando esperó quince minutos y luego se fueron. Cuando esa noche sacamos la baraja, le dijimos a Ruthie: tú das.

Hay muchas cosas que Ruthie hubiera podido ser, de haberlo querido. No sólo es buena para chiflar, también canta y baila. Cuando era joven tuvo montones de ofertas de trabajo pero nunca las aceptó. En vez de eso se casó y se mudó lejos a casa bonita en las afueras de la ciudad. Lo único que no entiendo es por qué está viviendo en Mango Street si no lo necesita, por qué duerme en el sofá de la sala de su mamá si tiene una verdadera casa para ella sola, pero dice que sólo anda de visita y que la

semana entrante su marido se la va a llevar a su casa. Pero los fines de semana llegan y se van y Ruthie se queda. No importa. Nosotras estamos contentas porque es nuestra amiga.

Me gusta enseñarle a Ruthie los libros que saco de la biblioteca. Los libros son una maravilla, dice Ruthie, y les pasa la mano por encima como si pudiera leerlos en braille. Son maravillosos, maravillosos, pero yo ya no puedo leer. Me da dolor de cabeza. Tengo que ir al oculista la semana que entra. Antes yo escribía libros para niños, ¿no te lo dije?

Un día me aprendí de memoria *La morsa y el carpintero* porque quería que Ruthie me oyera: «*El sol brillaba en el mar, brillaba con toda su fuerza...*» Ruthie miraba al cielo y a ratos se le humedecían los ojos. Por fin llegué a las últimas líneas: «*pero no llegó ninguna respuesta, lo cual apenas resultaba extraño, porque se los habían comido a todos...*» estuvo largo rato mirándome antes de abrir la boca. Entonces dijo: tienes los dientes más bonitos que jamás haya visto. Y se metió.



El Earl de Tennessee

Earl vive en la siguiente puerta, en el sótano de Edna, detrás de las jardineras que Edna pinta de verde cada año, detrás de los geranios polvorientos. Nosotros nos sentábamos en las jardineras hasta que un día Tito vio una cucaracha con una mancha de pintura verde en la cabeza. Ahora nos sentamos en los escalones que doblan hacia el departamento del sótano donde vive Earl.

Earl trabaja de noche. Sus persianas están siempre cerradas durante el día. A veces sale y nos dice que nos estemos quietos. La puertita de madera cerrada a piedra y lodo que ha conservado la oscuridad se abre con un suspiro y deja escapar una bocanada de moho y humedad como de libros que se han quedado afuera en la lluvia. Es la única ocasión en que vemos a Earl además de cuando va y viene del trabajo. Tiene dos perritos negros que lo acompañan a todas partes. No caminan, como todos los perros, sino que brincan y hacen machincuepas como un apóstrofe y una coma.

De noche, Nenny y yo oímos cuando Earl regresa de su trabajo. Primero el golpecito seco y el rechinado de la puerta del carro que se abre, luego el raspón en el concreto, el campanilleo excitado de las placas de los collares de los perros seguido de un fuerte retintín de llaves, y

finalmente el quejido de la puerta de madera que se abre y libera su bocanada de humedad.

Earl es reparador de sinfonolas. Dice que aprendió su oficio en el sur. Habla con acento sureño, fuma puros gordos y usa sombrero de fieltro —invierno o verano, frío o calor, no le hace—, un sombrero de fieltro. En su departamento hay cajas y cajas de discos de 45, húmedos y enmohecidos como el olor que sale de allí cada que abre. Nos regala todos los discos menos los de *country* y *western*.⁶

Dicen que Earl está casado y tiene una mujer en alguna parte. Edna dice que la vio una vez que Earl la trajo a su departamento. Mamá dice que es una cosa flaca, rubia, pálida como las salamandras que nunca han visto el sol. Pero yo también la vi una vez y no es así para nada. Y los muchachos de enfrente dicen que es una señora alta y pelirroja, que viste pantalones color de rosa pegaditos y anteojos verdes. Nunca nos ponemos de acuerdo sobre su apariencia, pero sí sabemos esto: cuando ella viene, él la lleva bien apretada del codo, se meten rápidamente en el departamento, cierran la puerta con llave y nunca se quedan mucho tiempo.

Sire

Nos recuerdo cuándo noté por primera vez que él, Sire, me miraba. Pero sabía que me estaba viendo. Todo el tiempo. Cada vez que pasaba frente a su casa. Él y sus amigos sentados en sus bicicletas frente a su casa lanzando monedas. No me asustaban. Bueno, sí, pero yo no iba a permitir que se enteraran. Yo no cruzo la calle como otras chicas. Voy derechita, los ojos al frente. Pasé por enfrente. Supe que él me miraba. Tenía que demostrar que no iba a tener miedo de los ojos de nadie, ni de los suyos. Tenía que voltear atrás y mirarlo con energía, una sola vez, como si él fuera de cristal. Y lo hice. Una sola vez. Pero cuando él pasó en su bicicleta miré demasiado tiempo. Miré porque quería ser valiente, derechito a la piel de gato polvoriento de sus ojos. Y su bicicleta se detuvo, chocó contra un carro estacionado, chocó y yo caminé de prisa. Cuando alguien te mira así la sangre se te congela. Alguien me miró. Alguien miró. Y su tipo, su modo. Él es un pandillerito, dice Papá, y Mamá dice que con él no hable.

Y luego llegó su novia. Lo oí llamarla Lois. Es pequeña y bonita y huele a piel de niño. La he visto correr a la tienda en lugar de él. Y una vez, cuando ella estaba parada junto a mí en la tienda de Mr. Benny, estaba descalza y vi sus uñitas de pies de niño descalzo todas pintadas rosita pálido pálido como conchitas del mar color de rosa, y huele a color de rosa como los niños. Tiene manos de niña grande y sus huesos son largos como huesos de señora, y también se maquilla. Pero ella no sabe abrocharse los zapatos, y yo sí.

⁶ Géneros musicales campestres y rurales estadounidenses.

A veces los escucho reír tarde, latas de cerveza y gatos y los árboles hablándose a sí mismos: espera, espera, espera. Sire deja que Lois monte en su bicicleta alrededor de la manzana, o salen a caminar juntos. Yo los miro. Él la lleva de la mano y a veces se detiene a abrocharle los zapatos. Pero Mamá dice que esa clase de chicas, esas chicas, son las que se meten en los callejones. Lois, la que no puede abrocharse las agujetas. ¿A dónde la lleva él?

Todo dentro de mí retiene el aliento. Todo en espera de explotar como la Navidad. Quiero ser toda nueva y brillante. Quiero sentarme afuera en la noche, mala, con un muchacho alrededor de mi cuello y el viento bajo mi falda. No cada noche hablarles de este modo a los árboles, asomarme por la ventana, imaginar lo que no alcanzo a ver.

Una vez un muchacho me abrazó tan fuerte que en el apretón sentí la fuerza de sus brazos, pero fue en un sueño.

Sire, ¿cómo la abrazaste?, ¿fue?, ¿así?, ¿y cuando la besaste?, ¿así?

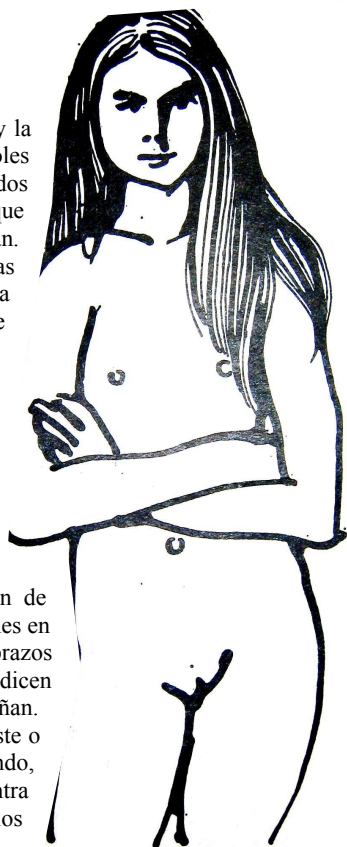
Cuatro árboles flaquiticos

Son los únicos que me entienden. Soy la única que los entiende. Cuatro árboles flacos de flacos cuellos y codos puntiagudos como los míos. Cuatro que no pertenecen aquí pero aquí están. Cuatro excusas harapientas plantadas por la ciudad. Desde nuestra recámara podemos oírlos, pero Nenny se duerme y no aprecia estas cosas.

Su fuerza es secreta. Lanzan feroces raíces bajo la tierra. Crecen hacia arriba y hacia abajo y se apoderan de la tierra entre los dedos peludos de sus pies y muerden el cielo con dientes violentos y jamás se detiene su furia. Así es como se mantienen.

Si alguno olvidara su razón de ser todos se marchitarían como tulipanes en un florero, cada uno con sus brazos alrededor del otro. Sigue, sigue, sigue dicen los árboles cuando duermo. Ellos enseñan.

Cuando estoy demasiado triste o demasiado flaca para seguir siguiendo, cuando soy una cosita delgada contra tantos ladrillos es cuando miro los



árboles. Cuando no hay nada que ver en esta calle. Cuatro que crecieron a pesar del concreto. Cuatro que luchan y no se olvidan de luchar. Cuatro cuya única razón es ser y ser.

No speak English

Mamacita es la mujer enorme del hombre al cruzar la calle, tercer piso al frente. Rachel dice que su nombre debería ser *Mamasota*, pero yo creo que eso es malo.

El hombre ahorró su dinero para traerla. Ahorró y ahorró porque ella estaba sola con el nene niño en aquel país. Él trabajó en dos trabajos. Llegó noche a casa y salió tempranito. Todos los días.

Y luego un día Mamacita y el nene niño llegaron en un taxi amarillo. La puerta del taxi se abrió como el brazo de un mesero. Y va saliendo un zapatito color de rosa, un pie suavcito como la oreja de un conejo, luego el tobillo grueso, una agitación de caderas, unas rosas fushia y un perfume verde. El hombre tuvo que jalarla, el chofer del taxi empujarla. Empuja, jala. Empuja, jala. ¡Puf!

Floreció de súbito. Inmensa, enorme, bonita de ver desde la puntita rosa salmón de la punta de su sombrero hasta los botones de rosa de sus dedos de pie. No podía quitarle los ojos a sus zapaticos.

Arriba, arriba, arriba subió con su nene niño en una cobija azul, el hombre cargándole las maletas, sus sombrereras color lavanda, una docena de cajas de zapatos de satén de tacón alto. Y luego ya no la vimos.

Alguien dijo que porque ella es muy gorda, alguien que por los tres tramos de escaleras, pero yo creo que ella no sale porque tiene miedo de hablar inglés, sí, eso debe ser, porque sólo conoce ocho palabras: sabe decir *He not here* cuando llega el propietario, *No speak English* cuando llega cualquier otro y *Holy smokes*⁷. No sé dónde aprendió eso, pero una vez oí que lo dijo y me sorprendió.

Dice mi padre que cuando él llegó a este país comió *jamanegs*⁸ durante tres meses. Desayuno, almuerzo y cena. *Jamanegs*. Era la única palabra que sabía. Ya nunca come jamón con huevos.

Cualesquiera sean sus razones, si porque es gorda, o no puede subir las escaleras o tiene miedo al idioma, ella no baja. Todo el día se sienta junto a la ventana y sintoniza el radio en un programa en español y canta todas las canciones nostálgicas de su tierra con voz que suena a gaviota.

Hogar. Hogar. Hogar es una casa en una fotografía, una casa color de rosa, rosa como geranio con un chorro de luz azorada. El hombre pinta de color de rosa las paredes de su departamento, pero no es lo mismo, sabes. Todavía suspira por su casa color de rosa y entonces, creo,

⁷ Santos humos.

⁸ Contracción de “*Jam and eggs*”, jamón con huevos.

se pone a chillar. Yo también lloraría.

Algunas veces el hombre se harta. Comienza a gritar y puede uno oírlo calle abajo.

Ay, dice ella, ella está triste.

Oh, dice él, no, otra vez no.

¿Cuándo, cuándo, cuándo?, pregunta ella.

¡Caray! Estamos *en* casa. Ésta *es* la casa. Aquí estoy y aquí me quedo. ¡Habla inglés, *speck English*, por Dios!

¡Ay!, Mamacita, que no es de aquí, de vez en cuando deja salir un grito, alto, histérico, como si él hubiera roto el delgado hilito que la mantiene viva, el único camino de regreso a aquel país.

Y entonces, para romper su corazón para siempre, el nene niño, que ha comenzado a hablar, empieza a cantar el comercial de la Pepsi que aprendió de la tele.

No speak English, le dice ella al nene niño que canta en un idioma que suena a hoja de lata. *No speak English, no speak English*. No, no, no. Y rompe a llorar.

Rafaela que los martes toma jugo de coco y papaya

Los martes, el marido de Rafaela regresa tarde a casa porque es la noche que juega dominó. Entonces Rafaela, que todavía es joven pero está envejeciendo de tanto asomarse a la ventana, se queda encerrada bajo llave porque su marido tiene miedo de que Rafaela se escape



porque es demasiado bonita para que la vean.

Rafaela se asoma a la ventana y se apoya en el codo y

sueña que su pelo es como el de Rapunzel. En la esquina hay música que sale del bar, y Rafaela quisiera ir allá y bailar antes de volverse vieja.

Pasa mucho tiempo y nos olvidamos de que ella está allá arriba viendo hasta que nos dice: muchachitos, ¿si les doy un dólar van a la tienda a comprarme algo? Avienta un dólar arrugado y siempre pide jugo de coco y a veces de papaya, y nosotros se lo enviamos en una bolsa que ella descuelga con una cuerda de tendedero.

Rafaela bebe y bebe jugo de coco y papaya los martes y quisiera que hubiera bebidas aún más dulces, y no amargas como ese cuarto vacío, sino dulces dulces como la isla, como el salón de baile calle abajo, donde

mujeres mucho más viejas que ella tiran ojos verdes con facilidad, así como quien juega a los dados, y abren casas con su llave. Y allá siempre hay alguien ofreciendo bebidas todavía más dulces, alguien que promete mantenerlas en un hilo de plata.

Sally

Sally es la chica con ojos como Egipto y medias color de humo. Los muchachos de la escuela piensan que es bonita porque su pelo es negro brillante como plumas de cuervo y cuando ríe echa de golpe su pelo hacia atrás, como un chal de satén sobre sus hombros y ríe.

Su padre dice que ser tan bella es una aflicción. Son muy estrictos en su religión. No les permiten bailar. Recuerda a su hermana y se entristece. Entonces no la deja salir. A Sally, quiero decir.

Sally, ¿quién te enseñó a pintarte los ojos como Cleopatra? Y si enrolló el pincelito con mi lengua y lo masco para sacarle la puntita y lo meto en la barrita lodosa, la que está en la cajita roja, ¿me enseñarás?

Me gusta tu abrigo negro y los zapatos que te pones, ¿de dónde los sacaste? Dice mi madre que ponerse negro tan joven es peligroso, pero yo quiero comprarme unos zapatos iguales a los tuyos, negros de gamuza, iguales a esos. Y un día, cuando mi madre esté de buen humor, quizá después de mi próximo cumpleaños, voy a pedirle que me compre también medias.

Cheryl, la que ya no es tu amiga, desde el último jueves antes de Pascua, desde el día en que le hiciste sangrar la oreja, desde que te dijo ese nombre y de una mordida te hizo un agujerote en el brazo y parecía que ibas a llorar y todo el mundo estaba pendiente pero no lloraste, Sally, no lloraste, y desde entonces no tienes una mejor amiga con quien recargarte en la cerca del patio de la escuela, con quien reír, tapándose la risa con las manos, de lo que dicen los muchachos. Ya no hay quien te preste su cepillo.

Las historias que cuentan los muchachos en el guardarropa no son verdad. Te recargas en la cerca del patio de la escuela con tus ojos cerrados, sola, como si nadie estuviera mirando, como si nadie te pudiera ver allí de pie, Sally, ¿en qué piensas cuando cierras así tus ojos?, ¿y por qué tienes que ir siempre derecho a casa después de la escuela? Te vuelves una Sally distinta. Te jalas la falda y la enderezas, te borras el color azul de los párpados. No ríes, Sally. Miras a tus pies y caminas derecho a la casa de donde no puedes salir.

Sally, ¿no deseas a veces no tener que ir a casa?, ¿no te gustaría que un día tus pies siguieran caminando y te llevaran lejos de Mango Street, muy lejos, y quizá tus pies se detendrían frente a una casa bonita, con flores y grandes ventanas y escalones para que los subas de dos en dos hasta arriba donde te espera un a recámara? Y si abrieras la manija de la ventanita y le dieras un empujón las ventanas se abrirían de pronto y

todo el cielo entraría. No habría vecinos metiches mirando, ni motocicletas y coches, ni sábanas y toallas y lavandería. Sólo árboles y más árboles y chorros de cielo azul. Y podrías reír, Sally. Podrías dormirte y despertar sin tener que pensar nunca en quién te quiere y quién no. Podrías cerrar los ojos sin preocuparte de lo que dice la gente porque después de todo tú nunca fuiste de aquí y nadie te pondría triste y nadie pensaría que eres rara sólo porque te gusta soñar y soñar. Y nadie podría gritarte si te vieran afuera en lo oscuro recargada en un carro, recargada en alguien sin que alguien piense que eres mala, sin que alguien diga que está mal, sin que el mundo entero espere a que cometas un error cuando todo lo que querías, todo lo que tú querías, Sally, era amar y amar y amar y amar, y nadie podría llamar a eso una locura.

Minerva escribe poemas

Minerva es apenas un poco mayor que yo y ya tiene dos hijos y un marido que se fue. Su madre sacó adelante a sus hijos solita y, por lo que se ve, sus hijas también van por ese camino. Minerva llora porque su suerte es mala suerte. Cada noche y cada día. Y reza. Pero cuando sus niños duermen después de que les ha dado de cenar *hot cakes* escribe poemas en papelitos que dobla y dobla y retiene en sus manos un largo tiempo, pedacitos de papel que huelen a *dime*⁹.

Me permite leer sus poemas. Yo la dejo que lea los míos. Siempre está triste como una casa que arde —siempre hay algo que está mal. Tiene muchos problemas, pero el más grande es su marido que se fue y sigue yéndose.

Un día se harta y le dice que ya basta y basta. Allá va él patas pa'rriba. Ropa, discos, zapatos. Afuera por la ventana y cierra la puerta con candado. Pero esa noche regresa y avienta una piedrota por la ventana. Luego lo lamenta y ella le abre la puerta de nuevo. La misma historia.

A la siguiente semana llega azul y negra y pregunta qué puede



⁹ Moneda de diez centavos de dólar.

hacer. Minerva. Yo no sé qué camino tomará. No hay nada que yo pueda hacer.

Vagabundos en el ático

Quiero una casa en una colina como aquéllas con los jardines donde trabaja Papá. Los domingos vamos. Es el día libre de Papá. Yo iba antes. Ya no. No te gusta salir con nosotros, dice Papá, ¿te estás haciendo demasiado vieja? Se está creyendo la divina garza, dice Nenny. Lo que no les digo es que me da vergüenza –todos nosotros mirando por la ventana como los hambrientos. Estoy harta de ver y ver lo que no puedo tener. Cuando ganemos la lotería..., empieza a decir Mamá y entonces dejo de escuchar.

La gente que vive en las colinas duerme tan cerca de las estrellas que olvida a los que vivimos demasiado pegados a la tierra. No miran hacia abajo excepto para sentirse contentos de vivir en las colinas. No se tienen que preocupar por la basura de la semana pasada ni por temor a las ratas. Llega la noche. Nada los despierta como no sea el viento.

Un día voy a tener mi casa propia, pero no olvidaré quién soy ni de dónde vengo. Los vagos que pasen preguntarán, ¿puedo entrar? Yo le ofreceré el ático, les diré que se queden porque yo sé lo que es no tener casa.

Algunos días, después de la cena, mis huéspedes y yo nos sentaremos frente a la chimenea. Las duelas del piso más alto rechinarán. El ático gruñirá.

¿Ratas?, preguntarán mis huéspedes.

Vagos, diré yo, y seré feliz.

Bella y cruel

Soy una hija fea. Soy la que nadie viene a buscar.

Nenny dice que no va a esperar toda su vida para que venga por ella un marido, que la hermana de Minerva dejó la casa de su madre teniendo un bebé, pero ella tampoco quiere ese camino. Quiere sus cosas para ella nomás, buscar y seleccionar. Nenny tiene ojos bonitos y es muy fácil hablar así cuando eres bonita.

Mi madre dice que cuando yo crezca mi pelo polvoriento se aplacará y mi blusa aprenderá a mantenerse limpia, pero he decidido no crecer mansita como las otras, que ponen su cuello en la tabla de picar en espera de la cuchilla.

En las películas siempre hay una de labios rojos que es bella y cruel. Es la que vuelve locos a los hombres y los espanta con sus risas. Su poder le pertenece. Ella no se rinde.

He comenzado mi propia guerra silenciosa. Sencilla. Segura. Soy la que se levanta de la mesa como los hombres, sin volver la silla a su lugar ni recoger el plato.

Bien águila

Yo pude haber sido alguien, ¿sabes?, dice mi madre y suspira. Toda su vida ha vivido en esta ciudad. Sabe dos idiomas. Puede cantar una ópera. Sabe reparar la tele. Pero no sabe qué metro tomar para ir al centro. La tomo muy fuerte de la mano mientras esperamos a que llegue el tren.

Cuando tenía tiempo dibujaba. Ahora dibuja con hilo y aguja, pequeños botones de rosa, tulipanes de hilo de seda. Algún día le gustaría ir al ballet. Algún día, también, a ver una obra de teatro. Pide discos de ópera en la biblioteca pública y canta con pulmones aterciopelados y poderosos como glorias azules.



Hoy, mientras cuece la avena, es Madame Butterfly hasta que suspira y me señala con la cuchara de palo. Yo pude haber sido alguien, ¿sabes? Ve a la escuela, Esperanza. Estudia macizo. Esa Madame Butterfly era una tonta. Menea la avena. Fíjate en mis comadres. Se refiere a Izaura, cuyo marido se largó, y a Yolanda, cuyo marido está muerto. Tienes que cuidarte solita, dice moviendo la cabeza.

Y luego, nada más porque sí:

La vergüenza es mala cosa, ¿sabes? No te deja levantarte. ¿Sabes por qué dejé la escuela? Porque no tenía ropa bonita. Ropa no, pero cerebro sí.

¡Ufa!, dice disgustada, meneando de nuevo. Yo entonces era bien águila.

Lo que Sally decía

No me pega fuerte nunca. Dice que su mamá le unta manteca en todas las partes que le duelen. Y luego en la escuela dice que se cayó. De allí vienen todos sus moretones. Por eso su piel está llena de cicatrices

siempre.

Pero quién va a creerle. Una muchacha así de grande que llega con su cara bonita toda golpeada y moreteada no puede estar cayendo de las escaleras. Él nunca me pega fuerte.

Sally no cuenta de la vez que él le dio con la mano como a un perro, dijo ella, como si yo fuera un animal. Cree que me voy a largar como sus hermanas que avergonzaron a la familia. Nomás porque soy hija, y luego ya no dice más.

Sally iba a pedir permiso de quedarse con nosotros un poquito y un jueves llegó con un costal lleno de ropa y una bolsa de pan dulce que su madre mandó. Y se hubiera quedado, pero cuando oscureció, su padre, con los ojos chiquitos de llorar, tocó la puerta y le dijo por favor regresa, está es la última vez. Y ella dijo papacito y volvió a casa.

Ya no hizo falta que nos preocupáramos. Hasta que un día el papá de Sally la sorprendió hablando con un muchacho y al día siguiente no vino a la escuela. Ni el siguiente. Hasta que, tal como lo cuenta Sally, entre la hebilla y el cinturón simplemente se le olvidó que era su padre.

No eres mi hija, tú no eres mi hija. Y entonces se perdió entre sus manos.

El jardín del mono

El mono ya no vive allá. El mono se mudó –a Kentucky– y se llevó a su gente. Y yo me puse contenta porque ya no podía oír sus gritos salvajes en la noche, el güiri güiri de las personas que eran sus dueños. La jaula de metal verde, la cubierta de mesa de porcelana, la familia que hablaba como guitarras. Mono, familia, mesa. Todos se fueron. Entonces nos apoderamos del jardín al que teníamos miedo de entrar cuando el mono gritaba enseñando sus dientes amarillos.

Había girasoles grandes como flores de Marte, y gruesas flores crestas-de-gallo sangrando sus flecos rojo intenso de cortinas de teatro. Había abejas vertiginosas y moscas como moñitos dando saltos mortales y zumbando en el aire. Árboles de duraznos dulces dulces. Rosas de espinas y cardos y peras. Hierbajos como tantas estrellas tuertas y matorrales que te dan comezón y comezón en los tobillos hasta que te los lavas con agua y jabón. Había grandes manzanas verdes duras como rodillas. Y por todas partes el olor soñoliento de madera podrida, tierra empapada y gruesos y polvosos *holly hocks*¹⁰ perfumantes como el pelo rubiazuloso de los muertos.

Arañas amarillas corrían cuando volteábamos las piedras boca

¹⁰ Corvejones del acebo, árbol silvestre de la familia de las Aquifoliáceas, de cuatro a seis metros de altura, poblado todo el año de hojas de color verde oscuro, lustrosas, crespas y con espinas en su margen, flores blancas y fruto de carne rojiza.

arriba y gusanos pálidos ciegos y temerosos de la luz se ovillaban en su sueño. Mete un palo en el suelo arenoso: unos cuantos escarabajos de piel azul, una avenida de hormigas y muchas mariquitas crujientes. Esto sí que era un jardín, algo maravilloso de ver en primavera. Pero pasito a pasito, después que el mono se fue, comenzó a reponerse solito, a ganarse a sí mismo. Las flores dejaron de obedecer los ladrillitos que les impedían crecer fuera de sus prados. Las hierbas se metieron. Carros inútiles aparecieron como hongos. Primero uno y luego otro y después una pick-up azul sin parabrisas. Antes de que te dieras cuenta el jardín del mono se llenó de carros con sueño.

Las cosas tenían un modo de desaparecer en el jardín, como si el mismo jardín se las comiera, o como si con su memoria de anciano las guardara y se le olvidara dónde. Nenny encontró un dólar y un ratón muerto entre dos rocas en el muro de piedra donde trepaban las glorias y una vez, cuando jugábamos a las escondidas, Eddie Vargas descansó la cabeza bajo un hibisco y allí cayó dormido como Rip Van Winkle hasta que alguien se acordó de que estaba en el juego y regresó por él.

Esto, creo yo, es la razón por la que íbamos allí. Lejos de donde nuestras madres pudieran encontrarnos. Nosotros y unos cuantos perros viejos que vivían adentro de los carros vacíos. Una vez hicimos una casa-club en la parte trasera de la vieja pick-up azul. Y además nos gustaba saltar del techo de un carro a otro y pretender que eran hongos gigantes.

Alguien soltó la mentira de que el jardín del mono había estado allí antes que cualquier otra cosa. Nos gustaba pensar que el jardín podría esconder cosas por mil años. Allí bajo las raíces de flores empapadas estaban los huesos de piratas asesinados y de dinosaurios, el ojo de un unicornio convertido en carbón.

Aquí fue donde quise morir y lo intenté una vez pero ni siquiera el jardín del mono me quería. Fue el último día que fui.

¿Quién dijo que yo ya era muy grande para esos juegos? ¿Quién fue que no lo escuché? Yo sólo recuerdo que cuando los demás corrieron, quise correr también, arriba y abajo y a través del jardín del mono, rápido como los muchachos, no como Sally que pegaba el grito al cielo si las medias se le enlodaban.

Yo dije ándale, ándale Sally, pero ella no quiso. Se quedó en la banqueta hablando con Tito y sus amigos. Tú juega con escuincles si quieres, me dijo, yo aquí me quedo. Podía creerse la divina garza si le daba la gana, así que me fui.

Fue su propia culpa, la verdad. Cuando regresé Sally se hizo la enojada... algo acerca de que los muchachos le habían robado sus llaves. Por favor devuélvanmelas, dijo golpeando al más cercano con un puño suavcito. Ellos se reían. También ella. Era un chiste que no entendí.

Quise regresar con los otros chamacos que todavía brincaban sobre los carros, todavía se correteaban unos a otros a través del jardín, pero Sally tenía su propio juego.

Uno de los muchachos inventó las reglas. Uno de los amigos de

Tito dijo: no puedes recuperar tus llaves hasta que nos des un beso y Sally primero fingió enojarse pero luego dijo sí. Así de sencillo.

Yo no sé por qué, pero algo dentro de mí quiso lanzar un palo. Algo quería decir no, cuando vi a Sally entrar al jardín con los cuates de Tito todos risueños. Era sólo un beso, eso era todo. Un beso para cada uno. ¿Y qué?, dijo ella.

¿Por qué me sentí enojada por dentro? Como si algo no estuviera bien. Sally se fue detrás de esa vieja pick-up azul a besar a los muchachos y a que le regresaran sus llaves, y yo volé a los tres tramos de escaleras donde vive Tito. Su madre estaba planchando camisas. Estaba rociándoles agua con una botella de refresco y fumaba un cigarrillo.

Tu hijo y sus amigos le robaron las llaves a Sally y no se las quieren devolver si no los besa a todos y ahorita están haciéndola que los bese. Lo solté todo sin aliento por los tres tramos de escaleras.

Esos mocosos, dijo sin despegar la vista de su planchado.

¿Eso es todo?

Y qué quieres que yo haga, dijo ella, ¿llamar a la policía? Y siguió planchando.

La miré largo rato pero no se me ocurrió qué decirle, y bajé de volada de los tres tramos de escalera al jardín donde había que salvar a Sally. Tomé tres palos grandes y un ladrillo y pensé que sería suficiente.

Cuando llegué allí Sally me dijo: vete a la casa. Los muchachos dijeron: déjanos solos. Me sentí tonta con mi ladrillo. Todos me miraron como si yo fuera la loca y me morí de la vergüenza.

No sé por qué pero tuve que salir corriendo. Me escondí en lo más lejos del jardín, en la parte salvaje, bajo un árbol al que le venía guango que me tirara al suelo y llorara mucho rato. Cerré



mis ojos como estrellas apretadas para no llorar, pero lloré. Sentí mi cara bien caliente. Adentro de mí eran puros hipos.

En algún lado leí que en la India hay sacerdotes que pueden detener los latidos de su corazón a voluntad. Quería que mi sangre se detuviera, que mi corazón dejara de bombear. Quería estar muerta,

volverme lluvia, que mis ojos se derritieran en la tierra como dos caracoles negros. Deseé y deseé. Cerré mis ojos y lo deseé, pero cuando me levanté mi vestido estaba verde y yo tenía dolor de cabeza.

Miré mis pies dentro de sus calcetines blancos y sus feos zapatos boludos. Parecían estar muy lejos. Parecía que ya no eran mis pies. Y el jardín en el que había sitio tan bueno jugar ya tampoco era mío.

Payasos rojos

Mentiste, Sally. No fue lo que tú dijiste que era. Lo que hizo. Donde me tocó. Yo no lo quise, Sally. Del modo en que lo dijeron, del modo que debe de ser, todos los libros de cuentos y las películas, ¿por qué me mintieron?

Yo estaba esperando cerca de los payasos rojos. Estada parada junto a la vuelta al mundo donde tú dijiste. Y además a mí no me gustan los carnavales. Yo fui por acompañarte porque te ríes en la vuelta al mundo, echas tu cabeza para atrás y te ríes. Te guardo el cambio, agito la mano saludándote, cuento las veces que pasas. Esos muchachos que te miran porque eres bonita. Me gusta estar contigo, Sally. Eres mi amiga. Pero ese muchacho grandote, ¿dónde te llevó? Esperé eternidades. Esperé al lado de los payasos rojos, como tú dijiste, pero nunca apareciste, nunca viniste por mí.

Sally, Sally cien veces. ¿Por qué no me oíste cuando te llamé? ¿Por qué no les dijiste que me soltaran? El que me agarró del brazo no me dejaba ir. Me dijo *I love you, Spanish girl, I love you*, y apretó su boca agria contra la mía.

Detenlo, Sally. No pude correrlos. No podía hacer otra cosa que llorar. No recuerdo. Estaba oscuro. No recuerdo. No recuerdo. Por favor no me hagas contarle todo.

¿Por qué me dejaste sola? Esperé toda la vida. Eres una mentirosa. Todos mintieron. Todos los libros y las revistas, todos lo dijeron chueco. Sólo sus uñas sucias contra mi piel, sólo su olor agrio otra vez. La luna me miraba. La vuelta al mundo. Los payasos rojos riendo su risa de lengua gruesa.

Entonces los colores comenzaron a girar. El horizonte se ladeó. Tenis negros huyeron. Sally, tú mentiste, tú mentiste. No me dejaba ir. Dijo *I love you, I love you, Spanish girl*.

Rosas de linóleo

Sally se casó como sabíamos que lo haría, joven e impreparada pero casada igual. Conoció a un vendedor de malvaviscos en un bazar de la escuela, y se casó con él en otro estado, donde es legal casarse antes de *high school*. Ahora tiene su marido y su casa, sus fundas de almohada y

sus platos. Dice que está enamorada pero yo creo que lo hizo para escapar.

Sally dice que le gusta estar casada porque ahora puede comprarse sus cositas cuando su marido le da dinero. Está feliz, excepto algunas veces que su marido se pone furioso y una vez rompió la puerta y su pie pasó hasta el otro lado pero la mayoría de los días está *okay*. Excepto que no la deja hablar por teléfono. Y tampoco la deja asomarse a la ventana. Y como a él no le gustan sus amigos, nadie viene a visitarla a menos que él esté trabajando.

Se queda sentada en casa por miedo a salir sin permiso. Mira todas las cosas que son suyas: las toallas y el tostador, el reloj despertador y las cortinas. Le gusta mirar las paredes, con qué pulcritud se encuentran sus esquinas, las rosas en el linóleo del piso, el techo lisito como pastel de novia.

Las tres hermanas

Vinieron con el viento que sopla en agosto, delgadito como tela de araña y casi sin que las vieran. Tres que no parecían tener relación sino con la luna. Una con sonrisa de estaño y una con ojos de gato y una con manos como porcelana. Las tías, las tres hermanas, las comadres, dijeron ellas.

La bebé murió. La hermana de Rachel y Lucy. Una noche un perro aulló, y al día siguiente un pájaro amarillo entró por la ventana abierta. Antes de que terminara la semana la fiebre de la bebé empeoró. Entonces vino Jesús, tomó a la bebé y se la llevó lejos. Eso fue lo que dijo su mamá.

Luego llegaron las visitas... un puro entrar y salir de la casita. Era difícil mantener los pisos limpios. Cualquiera que se había preguntado jamás de qué color eran las paredes entraba a mirar ese pulgarcito de humano en una caja como de dulces.

Yo nunca había visto a alguien muerto, no la muerte de a deveras, no en la sala de alguien donde la gente besaba y bendecía y encendía una vela. No en una casa. Parecía extrañísimo.

Deben haberlo sabido, las hermanas. Tenían el poder y podían sentir qué era qué. Dijeron ellas: ven acá, y me dieron un chicle. Olian a Kleenex o al interior de una bolsa de satén, y entonces ya no sentí miedo.

¿Cómo te llamas?, preguntó la de ojos de gato.

Esperanza, dije yo.

Esperanza, repitió la vieja venas azules en una aguda voz delgada. Esperanza... un buen nombre, un buen nombre.

Me duelen las rodillas, se quejó la de la risa chistosa.

Mañana va a llover.

Sí, mañana, dijeron.

¿Cómo lo saben?, pregunté.

Lo sabemos.

Mira sus manos, dijo la ojos de gato.
Y me las voltearon una y otra vez como si estuviesen buscando algo.

Es especial.
Sí, llegará muy lejos.
Sí, sí, hmmm.
Haz un deseo.
¿Un deseo?
Sí, pide algo, ¿qué es lo que quieres?
¿Lo que sea?, dije yo.
Sí, bueno, ¿por qué no?
Cerré los ojos.
¿Ya pediste tu deseo?
Sí, dije yo.
Bueno, eso es todo. Se te va a conceder.
¿Cómo lo saben?, les pregunté.
Sabemos. Sabemos.

Esperanza. La de las manos de mármol me llamó aparte.
Esperanza. Tomó mi rostro con sus manos de venas azulosas y me miró y me miró. Un largo silencio. Cuando te vayas siempre debes acordarte de volver, dijo ella.

¿Qué?

Cuando te vayas tienes que acordarte de regresar por los demás.
Un círculo, ¿comprendes? Tú siempre serás Esperanza. Tú siempre serás Mango Street. No puedes borrar lo que sabes. No puedes olvidar quién eres.

No supe qué decir. Era como si ella me leyera la mente, como si supiera cuál había sido mi deseo, y me avergoncé por mi deseo tan egoísta.

Debes acordarte de regresar. Por los que no pueden irse tan fácilmente como tú. ¿Te acordarás?, preguntó como si me lo estuviera ordenando. Sí, sí, dije yo un poco confusa.

Bueno, dijo ella sobándome las manos. Bueno. Eso es todo. Puedes irte.

Me levanté a alcanzar a Rachel y Lucy que ya estaban afuera esperándome junto a la puerta, preguntándose qué hacía yo con tres viejitas que olían a canela. No entendí todo lo que me dijeron. Me di la vuelta. Sonrieron y se esfumaron diciendo adiós con sus manos de humo.

Después no volví a verlas. Ni una vez, ni dos, ni jamás nunca.

Alicia y yo charlamos en los escalones de Edna

Alicia me cae bien porque una vez me regaló una bolsita de papel con la palabra GUADALAJARA bordada encima. Guadalajara es su hogar al que un día va a regresar. Pero hoy está escuchando mi tristeza porque no tengo

casa.

Vives exactamente aquí, 4006 Mango Street, dice Alicia y señala la casa que me avergüenza.

No, ésta no es mi casa, digo yo y sacudo mi cabeza como si con sacudirla pudiera borrar el año que he vivido allí. Yo no soy de aquí. No quiero nunca querer ser de aquí. Tú tienes casa, Alicia, y algún día irás para allá, a una ciudad que recuerdas, pero yo, yo nunca he tenido una casa, ni siquiera en fotografía... sólo una con la que sueño.

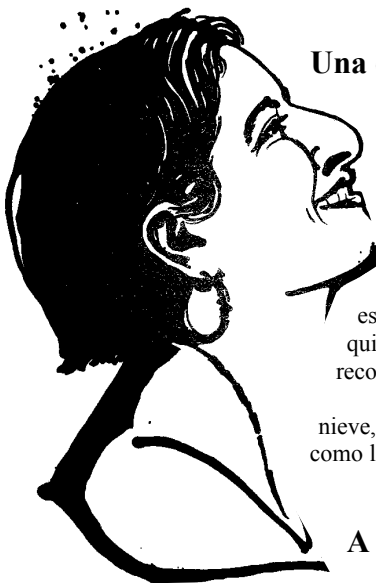
No, dice Alicia. Te guste o no, tú eres Mango Street, y algún día tú también volverás.

Yo no. No hasta que alguien lo mejore.

¿Y quién va a mejorarlo?, ¿el alcalde?

Y la idea del alcalde viniendo a Mango Street me hace reír a carcajadas.

¿Quién lo va a hacer? El alcalde, no.



Una casa propia

No un piso. No un departamento interior. No la casa de un hombre. Ni la de un papacito. Una casa que sea mía. Con mi porche y mi almohada, mis bonitas petunias púrpura. Mis libros y mis cuentos. Mis dos zapatos esperando junto a la cama. Nadie a quien amenazar con un palo. Nada que recogerle a nadie.

Sólo una casa callada como la nieve, un espacio al cual llegar, limpia como la hoja antes del poema.

A veces Mango dice adiós

Me gusta contar cuentos. Los cuentos dentro de mi cabeza. Los cuento después de que el cartero dice: aquí está su correo. Aquí está su correo, dijo.

Escribo un cuento para mi vida, para cada paso que dan mis zapatos cafés. Digo: «Y subió penosamente los escalones de madera, sus tristes zapatos cafés llevándola a la casa que nunca le gustó.»

Me gusta contar cuentos. Voy a contarte el cuento de una niña que no quería pertenecer.

No siempre hemos vivido en Mango Street. Antes vivimos en el tercer piso de Loomis, y antes de allí vivimos en Keeler. Antes de Keeler

fue Paulina, pero lo que más recuerdo es Mango Street, triste casa roja, la casa a la que pertenezco sin pertenecerle.

Lo escribo en el papel y entonces el fantasma no duele tanto. Lo escribo y Mango me dice adiós algunas veces. No me retiene en sus brazos. Me pone en libertad.

Un día llenaré mis maletas de libros y papel. Algún día le diré adiós a Mango. Soy demasiado fuerte para que me retenga. Un día me iré.

Amigos y vecinos dirán ¿qué le pasó a esa Esperanza?, ¿a dónde fue con todos esos libros y papel?, ¿por qué se marchó tan lejos?

No sabrán, por ahora, que me he ido para volver, volver por los que se quedaron. Por los que no.

Índice

La casa en Mango Street	6
Pelos	7
Niños y niñas	8
Mi nombre	8
Cathy, reina de gatos	9
Nuestro día bueno	10
Risa	11
Gil. Compraventa de muebles	11
Meme Ortiz	12
Louie, su prima y su primo	13
Marín	14
Los que no	15
Había una viejita que tenía tantos niños que no sabía qué hacer	15
Alicia que ve ratones	16
Darius y las nubes	16
Y algunas más	17
La familia de pies menuditos	19
Un sandwich de arroz	21
Chanclas	23
Caderas	24
El primer empleo	26
Papá que se despierta cansado en la oscuridad	28
Mal nacida	28
Elenita, baraja, palma, agua	30
Geraldo sin apellido	32
Ruthie la de Edna	33
El Earl de Tennessee	34
Sire	35
Cuatro árboles flaquiticos	36
No speak English	37
Rafaela que los martes toma jugo de coco y papaya	38
Sally	39
Minerva escribe poemas	40
Vagabundos en el ático	41
Bella y cruel	41
Bien águila	42
Lo que Sally decía	42
El jardín del mono	43

Payasos rojos	46
Rosas de linóleo	46
Las tres hermanas	47
Alicia y yo charlamos en los escalones de Edna	48
Una casa propia	49
A veces Mango dice adiós	49